

FUNDACIÓN 1 DE MAYO

Estudios

83 · MARZO 2014



**SUJETOS Y CLASES
SOCIALES**

WWW.1MAYO.CCOO.ES

SUJETOS Y CLASES SOCIALES

FUNDACIÓN 1º DE MAYO
C/ Longares, 6. 28022 Madrid
Tel.: 91 364 06 01
1mayo@1mayo.ccoo.es
www.1mayo.ccoo.es

COLECCIÓN ESTUDIOS, NÚM: 83
ISSN: 1989-4732

© Madrid, Marzo 2014

SUJETOS Y CLASES SOCIALES

ANTONIO ANTÓN

PROFESOR HONORARIO DE SOCIOLOGÍA
DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Índice

Introducción: Vuelven los sujetos sociales

1. Estructura social y sujetos sociales

- 1.1 Concepto de estratificación social.
- 1.2 Concepto de clases sociales.
- 1.3 Límites de las teorías convencionales y esfuerzo interpretativo.
- 1.4 Representación de la sociedad e importancia del lenguaje.

2. Clases sociales: características objetivas

- 2.1 Clases sociales según situación profesional, tipo de ocupación y nivel de rentas.
- 2.2 Impacto de la crisis en la composición de las clases sociales.
- 2.3 Clases sociales por sexo.
- 2.4 Capas y clases sociales en Cataluña.

3. Cultura popular, conflicto y sujeto social

- 3.1 Clases medias, clases trabajadoras e identificación de clase.
- 3.2 Conciencia popular frente a los recortes sociales.
- 3.3 Conclusiones: clases, actores y conflicto social.

Bibliografía

Sujetos y clases sociales

Antonio Antón

Profesor honorario de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid

Madrid, 26 de febrero de 2014

Las clases y capas sociales, cuya existencia pareció superada en el discurso público en un cierto momento, reclaman hoy de nuevo su protagonismo (Subirats, 2012: 23).

Clase es una categoría 'histórica'... La clase y la conciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico (Thompson, 1979: 37).

Un movimiento social no se reduce nunca a un conflicto de intereses; para que el empleo de esta noción esté justificado hay que añadir al conflicto la referencia común de los adversarios a unos 'retos', a unos objetivos, a unos recursos o a unos valores, como ya ocurrió con el movimiento obrero y el capitalismo industrial (Touraine, 2009: 117).

Introducción: Vuelven los sujetos sociales

Los sujetos sociales nunca se habían ido; aparte del movimiento sindical, ampliamente representativo, existía un extenso tejido asociativo, gran parte de carácter solidario. Las clases sociales tampoco se habían ido. Han sido una referencia clave para interpretar las sociedades desarrolladas en estas últimas décadas. La existencia de las clases medias siempre ha estado presente en el ámbito político y mediático.

No obstante, se habían difuminado, por un lado, los movimientos sociales y la existencia de las clases trabajadoras, con su fragmentación y pasividad, y por otro lado, la de las élites dominantes que aparecían, sobre todo, como la representación de la voluntad popular o las portadoras del interés general. Parecía que el sistema político-electoral era el cauce fundamental y casi exclusivo para expresar las demandas populares.

Sin embargo, desde hace ya varios años, asistimos a un cambio profundo del papel de los sujetos sociales y su impacto sociopolítico (desde el movimiento 15-M, las mareas ciudadanas o la Plataforma contra los desahucios, hasta el movimiento sindical, el feminista, el ecologista o el vecinal), con cierta disociación entre ciudadanía (indignada o crítica) y clase gobernante, gestora de la austeridad. Es necesaria una nueva interpretación para ver las dinámicas de fondo del cambio social y político.

Con la crisis económica y las políticas liberal-conservadoras de la élite gobernante, con el incumplimiento de sus compromisos democráticos y sociales, emerge nuevamente entre la opinión ciudadana la conciencia de la existencia de un grupo de poder, financiero e institucional, que practica una ofensiva regresiva. Se visualiza una clase dominante con un carácter oligárquico, antisocial y autoritario confrontada con los intereses y demandas de la mayoría de la sociedad.

A su vez, se ha generado un nuevo ciclo de la protesta social progresista, una nueva dinámica sociopolítica, tal como explico en el libro *Ciudadanía activa. Opciones sociopolíticas frente a la crisis sistémica* (ed. Sequitur). Expresa la existencia de una corriente social indignada de carácter democrático. Una ciudadanía activa, basada en capas sociales descontentas y subordinadas, pugna contra la involución social y democrática. Tienen una base social popular, es decir, interclasista de clases medias y trabajadoras, incluyendo sectores precarios y desempleados.

Además, se ha producido una polarización con el poder económico, financiero y gubernamental. En la agenda sociopolítica ha reaparecido un amplio y prolongado conflicto social. Es distinto a los procesos de la etapa anterior. Es la suma y convergencia de movilizaciones y grupos sociales pero, sobre todo, es la superación de cierta fragmentación representativa y expresiva, con una mayor dimensión, duración y polarización sociopolítica. Se va configurando una identificación del adversario común, así como una conciencia emergente de un bloque social alternativo y democrático en defensa de la mayoría social que padece el paro masivo, la austeridad y los recortes sociolaborales y de derechos, con una gestión política regresiva. Son aspectos que aparecen como blanco de las movilizaciones y la deslegitimación del poder financiero e institucional, incluido el europeo.

Se reconfiguran las clases sociales en su dimensión de actores y vuelven al espacio público sujetos sociales con una dinámica de empoderamiento ciudadano frente a los poderosos. Se reafirma una cultura cívica de justicia social, se conforman nuevos y renovados sujetos colectivos con fuerte impacto sociopolítico, con un laborioso proceso, lleno de altibajos y vacilaciones, de conformación de una representación social, unitaria y arraigada en un amplio tejido asociativo. Ha empezado a tener repercusión en el ámbito electoral y la incógnita y la expectativa pública es en qué medida se va a expresar en los próximos procesos electorales, cómo se va a articular su representación política, hasta dónde va a influir en la renovación y reequilibrio entre las izquierdas y en el cambio político e institucional.

El término clase social tiene distintos significados y matices pero vuelve a ser ampliamente utilizado en el ámbito público para definir grandes categorías sociales, con posiciones, intereses y demandas diferenciados. Para las ciencias sociales convencionales, las clases medias y su expresión electoral (centrista) eran un factor de estabilidad económica y política. Las políticas públicas y su legitimidad se definían a partir de sus opiniones, que se consideraban centrales y mayoritarias. Al mismo tiempo, en el periodo anterior se había debilitado la pugna sociopolítica por motivos socioeconómicos o derechos sociolaborales, así como había una menor diferenciación político-cultural entre las clases sociales y sus agentes representativos. La actividad de los llamados 'nuevos movimientos sociales' se concentraba en la pugna por el 'reconocimiento' de otros derechos y actores, frente a diversas discriminaciones, desligándose de la presión social por la 'redistribución', y finalmente, salvo

excepciones puntuales (años 2002-2004), disminuía su intensidad y capacidad movilizadoras. La 'lucha de clases' (casi) había dejado de existir y, por tanto, las clases sociales como sujetos colectivos se difuminaban o desaparecían. Los movimientos sociales progresistas, incluido el sindicalismo, y el tejido asociativo solidario siguen teniendo una composición mixta o interclasista, con personas procedentes de clases medias, capas trabajadoras cualificadas o estables y capas precarias, además de desempleadas, pero su expresión pública estaba muy fragmentada y diluida. Todo ello está cambiando.

De una parte, las clases dominantes, con ocasión de la crisis económica han iniciado una fuerte ofensiva contra las condiciones y los derechos sociales, económicos y laborales, con una dinámica impositiva y autoritaria y sin respecto a sus compromisos sociales y electorales. No se ve la regeneración democrática ni la recuperación económica para ciudadanos y ciudadanas. Las clases dirigentes, el poder financiero e institucional, están imponiendo un retroceso social y económico, una situación de paro masivo y prolongado, un deterioro de las condiciones materiales de la mayoría de la población, una mayor incertidumbre vital y un debilitamiento de la calidad democrática de los sistemas políticos. Se visualiza de forma amplia que no defienden el 'interés general' sino, sobre todo, sus propios intereses de élite dominante, y la mayoría de la sociedad desconfía de ella.

De otra parte, se ha producido un nuevo ciclo de la protesta social progresista, de carácter popular. Particularmente en España, desde el año 2010, estamos en una etapa sociopolítica distinta, con una corriente social indignada muy amplia frente a las graves consecuencias de la crisis y la gestión política dominante de austeridad y recortes sociales y por la democratización del sistema político. Se ha ido configurando una ciudadanía activa, con diversos movimientos sociales y procesos masivos de opinión crítica, acción popular o resistencia colectiva, enfrentada con las políticas antisociales y sus responsables económicos y políticos y con gran legitimidad entre la mayoría de la sociedad.

Se han ido conformando dos campos sociopolíticos, por un lado, los ricos y poderosos y, por otro lado, las capas populares, representadas socialmente por distintos movimientos y grupos progresistas, que no se resignan a la involución social y política. En medio, sectores más o menos confusos, temerosos, adaptativos o ambivalentes. Se visualiza más y mejor el polo del poder o la dominación, aunque sus contornos sean imprecisos y su denominación diversa. En todo caso, se piensa en una minoría elitista, compuesta por ricos y gobernantes (los de arriba).

Al mismo tiempo, persiste y se reafirma una amplia actitud cívica diferenciada de los poderosos, con una posición sociopolítica enfrentada a su gestión económica e institucional impopular, que permite la emergencia de una identificación de carácter popular. No es una conciencia pura, de clase trabajadora o de clase media; en ese sentido se puede decir que es 'interclasista'. Se trata de una percepción de no pertenencia a las élites o grupos dominantes, de ver sus intereses y demandas como distintos y confrontados con ellos y sentirse subordinados, perdedores o en desventaja (los de abajo).

Esa conciencia popular está asentada en una cultura cívica de justicia social y defensa de los derechos sociales y democráticos. Se ha reafirmado frente al embate recibido por el reparto desigual y regresivo de los costes de la crisis y la política de

austeridad dominante, superando la completa resignación y el fatalismo que promovía el poder y su aparato mediático. Esa actitud crítica es suficientemente consistente y persistente como para vaticinar su continuidad inmediata y mantener una fuerte legitimidad social. Se ha ido generalizando en una base social diversa de capas trabajadoras, más o menos cualificadas y con una situación laboral más o menos precaria, así como de capas medias, bloqueadas, descendentes o con incertidumbre, especialmente en los ámbitos de aplicación de profundos recortes (enseñanza, sanidad...).

Por tanto, se puede hablar de una diferenciación y una pugna entre clases populares, representadas por distintos agentes sociopolíticos, y élites dominantes, reflejadas en el poder financiero, económico e institucional, junto con sectores significativos más indecisos, con retraimiento cívico o solo con procesos individuales adaptativos. La clásica distinción entre partidos políticos de derecha y de izquierda no refleja una correspondencia clara con una base social acomodada o trabajadora. Hace tiempo que ambos grandes partidos que se alternan en el poder político consideran que defienden y representan a todo el espectro económico-social y, particularmente, a las clases medias. Las derechas intentan recoger voto trabajador y la socialdemocracia no se distancia del poder económico y financiero, y ambos desde sus responsabilidades gubernamentales han aplicado la política liberal-conservadora dominante en las instituciones europeas, es decir, de derechas.

La desafección hacia la cúpula socialista y sus dificultades para recuperar la credibilidad social y electoral perdida, manifiestan que la brecha social y de desconfianza de una parte de su anterior base social ha sido muy fuerte, que los intentos de dar una imagen de renovación son insuficientes y que sigue sin poder representar adecuadamente esa corriente popular indignada. El bipartidismo pierde apoyos ciudadanos, por sus responsabilidades en la gestión antisocial y poco democrática de la crisis. No obstante, la dimensión y el ritmo de la evolución del campo social y el campo político-electoral e institucional son desiguales y obedecen a mediaciones y mecanismos distintos.

La doble dinámica, de continuidad de la protesta social progresista y la consolidación de sus agentes, junto con el mayor o menor acierto de las izquierdas políticas, definirá el proceso de derrota de las derechas y sus políticas regresivas, así como el avance hacia una Europa más social, democrática y solidaria.

Las citas iniciales ilustran este análisis. En sentido estricto las clases sociales se conforman en los procesos históricos con la participación en el conflicto social de sus componentes más relevantes. Tienen un carácter relacional: la configuración de un bloque social o un campo sociopolítico se genera por la diferenciación social, cultural y política frente a otro (u otros). El aspecto fundamental de la investigación sobre las clases sociales, de su papel como actor o agente social, debe empezar por el análisis de ese comportamiento sociopolítico de cierta polarización. Es lo más complejo. De entrada, aquí se desecha el enfoque determinista, dominante en muchos ámbitos, sociopolíticos y académicos, de partir de la situación material de la población, su situación objetiva, para deducir su conciencia social, sus condiciones subjetivas y, por tanto, su identificación de clase y su comportamiento social y político. La crítica a esta posición la expresa bien el británico Thompson, uno de los mejores historiadores, en esta larga y clarificadora cita:

Clase es una categoría 'histórica'... Las clases sociales acaecen al vivir los hombres y las mujeres sus relaciones de producción y al experimentar sus situaciones determinantes, dentro del 'conjunto de relaciones sociales', con una cultura y unas expectativas heredadas, y al modelar estas experiencias en formas culturales... El error previo: que las clases existen, independientemente de relaciones y luchas históricas, y que luchan porque existen, en lugar de surgir su existencia de la lucha (Thompson, 1979: 38).

Igualmente, podemos señalar esta otra cita que explica que la conciencia social no viene directamente de la estructura social y económica sino a través de la participación en el conflicto social:

La conciencia de clase no es un efecto de las crisis y las contradicciones del capitalismo, sino de la conciencia del conflicto entre empresarios y asalariados por la apropiación de la riqueza creada por la producción (Touraine, 2005: 193).

Por tanto, la búsqueda de la existencia de las clases sociales se tiene que realizar investigando el conflicto social, el comportamiento sociopolítico de las distintas capas sociales y sus agentes, su práctica social y cultural. Y luego ver su conexión con la estructura socioeconómica y política y los cambios de mentalidades. La nueva realidad, en estos últimos años, es la existencia de una fuerte y ya prolongada pugna sociopolítica y cultural. Por un lado, se conforma una crisis de la legitimidad social de los poderes económicos y políticos por su política regresiva. Por otro lado, se reafirma la expresión de una mayoría de la ciudadanía que critica el reparto desigual de los costes de la crisis, rechaza la política de austeridad y recortes sociales, defiende los derechos sociales y laborales, exige respeto por los compromisos sociales y electorales y desconfía de las élites gobernantes y financieras. No es una posición circunstancial o superficial; está basada en una renovada cultura de justicia social, con la reafirmación en unos valores igualitarios y democráticos y un empoderamiento cívico. Supone un cambio respecto del periodo anterior y tiene una dimensión y unos perfiles diferentes al de otras épocas pasadas; por ello evitaremos hablar de 'lucha de clases' que por sus connotaciones históricas y teóricas pueden confundir más que aclarar la especificidad del conflicto social actual y las características de sus principales agentes. En todo caso, podemos aludir a que el nuevo ciclo de la protesta social en España y sus actores más significativos tienen relación con una oposición 'popular y progresista' frente a los poderosos; o como expresa la siguiente cita de otra amplia y rigurosa investigación:

A modo de conclusión: ¿son todavía las clases sociales actores políticos?... ¿Actúan como tales?... Esta respuesta es afirmativa (Subirats, 2012: 397).

Esa actuación colectiva se combina con distintas expresiones sociales y diversas identificaciones y se debilita por otros factores (globalización económica y cultural,

nacionalismo, otras pertenencias colectivas, individualismo consumista o competitivo...), pero su dinámica emergente, su existencia, es innegable.

El enfoque es social y crítico, desde el análisis de la tensa y compleja relación entre estructura y agencia (acción colectiva), superando la unilateralidad de los determinismos economicista e institucional o político, así como del idealismo culturalista o subjetivista. En dos libros anteriores (Antón, 2011, y 2013) se han analizado con profundidad las resistencias colectivas frente a la crisis, las características de la protesta social y los movimientos sociales en España, la conformación de una corriente social indignada y una ciudadanía activa frente a la ofensiva antipopular, regresiva y con déficit democrático de las élites dominantes. Aquí se parte de sus conclusiones, y solamente se aborda este tema de forma sintética. El grueso de este texto se centra en valorar las características de la estructura social, la división de la sociedad en clases sociales atendiendo a sus condiciones materiales u objetivas, así como a algunos elementos de su subjetividad. Antes trataremos algunas cuestiones teóricas y de enfoque. Al final volveremos con algunas reflexiones finales sobre la interacción entre los componentes estructurales, la posición socioeconómica, la práctica social y la pugna sociopolítica y cultural.

1. Estructura social y sujetos sociales

1.1 Concepto de estratificación social

La estratificación social es una forma de representación de la desigualdad, con segmentos o capas sociales diferenciadas. Se distribuye a los individuos en estratos con condiciones e intereses similares, o bien se divide la sociedad en clases sociales.

Hay tres teorías básicas: 1) funcionalista (Durkheim); 2) weberiana; 3) marxista. La primera supone una agregación o clasificación de individuos con elementos similares (rentas o riqueza) en estratos continuos; es la llamada teoría funcionalista o positivista, y ha sido dominante en las ciencias sociales, particularmente en EE.UU. La segunda, a partir del pensamiento de Weber, parte de una distribución de los individuos según su posición ocupacional (relación económica en el mercado de control/subordinación), su status y su poder o autoridad. La tercera, de origen en Marx, analiza la división de la sociedad según la posición respecto de los medios de producción, con una relación antagónica entre la apropiación de unos (propietarios o capital) y la explotación de otros (asalariados o trabajo).

Aparte y enfrente de todas ellas está la visión atomista (individualista liberal y postmoderna) de la diferenciación individual sin posiciones comunes; la sociedad estaría compuesta solo por individuos aislados entre sí (en competencia y/o cooperación). La visión es una población atomizada, sin distinción de clases y segmentos sociales o levemente agrupada en una clase media omnipresente con unos pocos ricos y unos pocos pobres marginales y poco visibles.

Las metáforas gráficas más usuales son: 1) una pirámide (o pera), que refleja una mayor dimensión de los estratos inferiores y menor de los superiores, aunque de forma continua (las dos primeras teorías); 2) dos partes, una minoritaria o elitista y otra mayoritaria o trabajadora, con sectores intermedios y/o extremos, más o menos polarizados (la teoría marxista). 3) una esfera (o manzana), con un bloque central

mayoritario, individualizado e indiferenciado (el pensamiento liberal). Hay que dejar constancia del distinto papel de cada representación (ideas, lenguaje, datos, gráficos) de la sociedad. Aquí se adoptará una visión realista sobre la persistencia de la desigualdad social, la desposesión y la subordinación de la mayoría de la sociedad y la diferenciación de capas sociales, exponiendo abundantes datos empíricos.

1.2 Concepto de clases sociales

Comenzamos por una definición representativa de uno de los sociólogos convencionales más representativos de los estudios académicos sobre estratificación social:

Podemos definir la clase como un agrupamiento de individuos con posiciones similares y con semejantes intereses políticos y económicos dentro del sistema de estratificación (Kerbo, 2003: 12).

Esta categoría social de clase social es utilizada por las tres principales corrientes teóricas –funcionalistas, weberianas y marxistas–, aunque con un sentido diferente. Asociada, sobre todo, a la denominación de las clases medias y, últimamente, a la clase política, está incorporada a la opinión pública y el lenguaje cotidiano popular.

Como se ha avanzado, para definir a las clases sociales de forma completa hay que considerar, no sólo sus condiciones ‘objetivas’ y su ‘conciencia social’ (subjetividad, identidad, sentido de pertenencia colectiva), comparativamente cuestiones más fáciles de explicar, sino, sobre todo, su ‘comportamiento’ o experiencia: práctica social y cultural, estilos de vida, participación en el conflicto social o pugna sociopolítica. El concepto clase social expresa una relación social, una diferenciación con otras clases sociales. Su conformación es histórica y cultural y se realiza a través del conflicto social.

Otros dos factores fundamentales para valorar las características de la sociedad, incluidas su fragmentación, sus conductas y su subjetividad, son la división nacional o étnica y de género; pero aquí no vamos a entrar en esa complejidad y solo vamos a aludir a ciertos aspectos específicos de la composición étnica y de sexo de las clases sociales que están atravesadas por esa doble característica (tampoco en otras que, como la edad, las creencias religiosas o las opciones sexuales y culturales, son también significativas pero entrar en ellas, incluido sus expresiones asociativas, desbordaría la dimensión ya larga de esta investigación).

Comenzamos la explicación por la clasificación inicial ‘objetiva’ de la población activa (ocupados y desempleados) por factores socioeconómicos (rentas y status ocupacional y profesional) y la posición de dominio y control o de subordinación y discriminación. Haremos sólo una alusión limitada a las capas inactivas (niños y adolescentes, pensionistas y amas de casa). En la interpretación se comentarán las situaciones de ‘continuidad’ y/o ‘polarización’ y, sobre todo, las dinámicas sociales atendiendo a las trayectorias, oportunidades y capacidades de movilidad o cierre social. Luego, se explica y combina con su cultura y su acción colectiva.

Se tendrá en cuenta el análisis de la conformación y las características de los sujetos colectivos o movimientos sociales con bases y élites interclasistas o populares

(medias y trabajadoras), identificados por sus objetivos, orientación y formas de acción, desarrollado en otros textos aludidos.

Por tanto, el concepto clase social es analítico, relacional e histórico. Existe una interacción y mediación entre posición socioeconómica y de poder, conciencia y conducta, aunque no mecánica o determinista en un sentido u otro. Aparte de otras variables y divisiones que, como hemos comentado, aquí se dejan al margen. Además, utilizaremos distintas palabras (capas, segmentos, subclase, fracción de clase) para denominar categorías o tipos en que se agrupan individuos en partes significativas y diferenciadas en el interior de las clases o que las conforman, sin llegar a la fragmentación casuística. Así mismo, se aludirá a agrupamientos o bloques sociales por encima de las clases sociales; el principal, las llamadas 'clases populares' como suma de las clases trabajadoras y las clases medias (estancadas o descendentes).

1.3 Límites de las teorías convencionales y esfuerzo interpretativo

Sintéticamente, se apuntan las principales insuficiencias de las teorías convencionales sobre las clases sociales y el enfoque aquí adoptado.

No es adecuada la visión atomista, individualista extrema e indiferenciada, de carácter liberal o postmoderno que, fundamentalmente, contempla a individuos aislados y diferentes entre sí, sin posiciones similares con otros individuos y sectores de la sociedad. Su representación es el círculo o la manzana. La visión funcionalista de la agregación de individuos, con la distribución en estratos continuos, tiene insuficiencias; su forma es la pirámide o la pera. Igualmente, es unilateral el idealismo, presente en enfoques 'culturales', con la sobrevaloración de la subjetividad y el voluntarismo de la 'agencia' y la infravaloración de la desigualdad socioeconómica y de poder o el peso de los factores estructurales, contextuales e históricos.

Me detengo en la crítica a la idea marxista más determinista o estructuralista, de amplia influencia en algunos sectores de la izquierda. No es adecuada la posición de la prioridad a la 'propiedad' (no la posesión y el control) de los medios de producción – la estructura económica- que explicaría la conciencia social y el comportamiento sociopolítico, así como la idea de la inevitabilidad histórica de la polarización social, la lucha de clases, y la hegemonía de la clase trabajadora. El error estructuralista es establecer una conexión necesaria entre 'pertenencia objetiva', 'consciencia' y 'acción'. El enfoque marxista-hegeliano de 'clase objetiva' (*en sí*) y 'clase subjetiva' (*para sí*) tiene limitaciones. La clase trabajadora se forma como 'sujeto' al 'practicar' la defensa y la diferenciación de intereses, demandas, cultura, participación..., respecto de otras clases (el poder dominante). La situación objetiva, los intereses inmediatos, no determinan la conformación de la conciencia social (o de clase), las 'demandas', la acción colectiva y los sujetos. Es clave la mediación institucional-asociativa y la cultura ciudadana, democrática y de justicia social.

La clase trabajadora, a diferencia de la burguesía que controlaba ya muchos resortes de la economía en su lucha contra el Antiguo Régimen, no domina los medios de producción y distribución, ni tampoco el Estado. No puede apoyarse en el control económico que no tiene, sino en desplegar su capacidad de influencia como fuerza social, su hegemonía política en la sociedad como sujeto transformador. De ahí que su acción sociopolítica, cultural y democrática sea más decisiva. Además de ser

consecuentemente partidaria de las libertades civiles y políticas y la democratización del sistema político, debe apuntar a una democracia social y económica más avanzada. Es ahí donde entra en conflicto abierto contra la desigualdad socioeconómica y los privilegios de las capas acomodadas que utilizan los resortes del poder político e institucional para defender la estructura social y económica desigual. La conformación de ese sujeto es fundamental, pero no nace mecánicamente de su situación material de explotación sino de la evolución relacional e histórica de sectores sociales subordinados que se indignan frente a las injusticias, participan en el conflicto social y desarrollan la democracia.

Por tanto, es imprescindible superar ese determinismo económico, dominante en el marxismo ortodoxo, así como el determinismo político-institucional o cultural de otras corrientes teóricas.

En consecuencia, es importante la mediación sociopolítica/institucional, el papel de los agentes y la cultura, con la función contradictoria de las normas, creencias y valores. Junto con el análisis de las condiciones materiales y subjetivas de la población, el aspecto principal es la interpretación, histórica y relacional, del comportamiento, la experiencia y los vínculos de colaboración y oposición de los distintos grupos o capas sociales, y su conexión con esas condiciones. Supone una reafirmación del sujeto individual, su capacidad autónoma y reflexiva, así como sus derechos individuales y colectivos; al mismo tiempo y de forma interrelacionada que se avanza en el empoderamiento de la ciudadanía, en la conformación de un sujeto social progresista. Y todo ello contando con la influencia de la situación material, las estructuras sociales, económicas y políticas y los contextos históricos y culturales.

Como referencias intelectuales, todas ellas desde una posición democrática y de izquierdas, ya se han citado dos autores: E. P. Thompson (1977; 1979, y 1995), historiador británico riguroso y de orientación marxista, pero heterodoxo y anti-determinista, pionero en la crítica al enfoque estructuralista, y A. Touraine (2005, y 2009), sociólogo francés, que revaloriza el papel del 'sujeto' y los derechos humanos universales, particularmente los 'culturales' para hacer frente, principalmente, al conflicto étnico; no obstante, hoy es insuficiente (sus textos están escritos antes del impacto de la crisis, la austeridad y la fuerte involución social y democrática) para analizar la importancia de la nueva cuestión social y la pugna sociopolítica y cultural por los derechos sociolaborales y democráticos. Podemos añadir otro investigador (junto con estudiosos afines) de los movimientos sociales y la contienda política, Ch. Tilly (2010; McAdam et al., 1999; McAdam et al., 2005) que, para explicar los conflictos sociales, pone el acento en la estructura de oportunidades políticas y los procesos culturales 'enmarcadores'; sin embargo, para explicar la conformación e intensidad de las demandas progresistas y el carácter de los sujetos populares deja algo de lado un aspecto fundamental: las dimensiones y características de los agravios e injusticias padecidos y la experiencia popular de su gravedad, ligada a su cultura democrática y de justicia social. Por último, podemos citar los intentos de superación de la rigidez marxista (y weberiana) sobre las clases y sujetos sociales, haciendo alusión a los trabajos de E. O. Writh (1994) y E. del Río (1986).

Por otro lado, también recogeremos algunos elementos empíricos de corte funcionalista, weberiano o de otras corrientes. Sobre estudios concretos respecto de la estratificación social, aparte del citado de la socióloga Marina Subirats (2012),

señalamos solamente cuatro, con distintos enfoques: dos ya clásicos en la sociología convencional estadounidense (Kerbo, 2003, y Lenski, 1969), y dos españoles de reconocido prestigio en este ámbito (Requena et al, 2013, y Tezanos, 2002). No se trata de una mezcla ecléctica sino de construir un análisis riguroso, con fundamentación empírica, recoger algunos componentes valiosos de las distintas tradiciones teóricas y criticar y desechar las ideas más inadecuadas. Se trata de un esfuerzo analítico e interpretativo, asentado en un enfoque social y crítico.

Los factores principales de diferenciación socioeconómica y de poder son tres: 1) ingresos o rentas (jerarquía económica); 2) estatus profesional u ocupacional (dominio o control) y posición en la estructura de poder o autoridad (dominación / subordinación); 3) posición (propiedad o posesión / explotación) ante los medios de producción. Corresponde, básicamente, a las prioridades analíticas de las tres corrientes mencionadas: funcionalista, weberiana y marxista. Existen otros factores relacionales (sexo, origen...), estilo de vida y consumo, capacidad cultural, subjetividad... que solo aludiremos brevemente.

Para el análisis de los procesos sociopolíticos habrá que combinar: 1) la interpretación científica de la realidad; 2) la evaluación de las tendencias sociales, los sujetos colectivos y los escenarios sociopolíticos probables, y 3) las propuestas normativas de cambio social.

1.4 Representación de la sociedad e importancia del lenguaje

Hay que destacar la importancia del lenguaje y la representación social. Empieza por la propia denominación cotidiana o mediática de las grandes clases sociales, cuya definición dista de ser homogénea o no controvertida; realizamos una primera aproximación, utilizando el 'plural' para destacar su diversidad interna:

1) *Élites* o los de 'arriba'. Se califican de 'poderosos', ricos o clase política. Constituye el poder oligárquico, financiero, económico e institucional. Es una minoría elitista (se habla del 1% y, en cualquier caso, inferior al 10%). Aquí, sin acuñar expresamente una palabra, se hablará de clase o élite dominante (posición de poder) o clase alta (recursos), con distintas subclases o capas (corporativas, poder financiero, clase gobernante...). Se hablará poco de otras expresiones tradicionales como propietarios, empresarios o burguesía; sí se utilizara la expresión oficial del INE de empleadores.

2) *Clases medias*. Aunque hay una relativa homogeneidad mediática y académica en su denominación, existe la dificultad de la ambigüedad de su definición y sus contornos para valorar su amplitud y sus características. La aproximación más realista, frente a la idea de una sociedad mayoritaria de clases medias, está en torno a un tercio de la población (entre un 25% y un 40%). En este texto se expondrán dos tipos de clasificaciones distintas según el elemento diferenciador: Clase media-media y clase media-alta como capas inferior y superior de las mismas por nivel de recursos; nueva clase media y vieja clase media, como fracciones de clase distinguidas, por una parte, por su carácter de asalariados (o autónomos) técnicos y profesionales (con inclinaciones socioculturales progresistas) y, por otra parte, pequeños propietarios (más conservadores) –tal como señala Subirats-. También se hará alusión a la diferenciación interna por su trayectoria ascendente o descendente, sobre todo del

ámbito profesional, para sumarla junto con las clases trabajadoras y configurar las 'capas populares'; contando con su ambivalencia, sectores de clase media afectados por ajustes y con dinámicas inciertas se han incorporado a la crítica a los recortes sociales y a la protesta social progresista. Se desechan otras expresiones como pequeño-burguesía.

3) *Clases trabajadoras* o los de 'abajo'. Aquí hay todavía menos consenso mediático y académico y una gran diversidad de denominaciones sobre componentes parciales, derivados de la gran fragmentación interna, más si acumulamos el origen étnico (inmigrantes), de edad (jóvenes-precarios) y sexo; igualmente, según su situación en paro o con empleo, su relativa estabilidad y cualificación o su inseguridad y descualificación, su carácter asalariado o autónomo, etc. En general, respecto de las clases medias se identifican por una posición de mayor subordinación y con rentas bajas o medio-bajas. Siguiendo con tres tipos de criterios y de acuerdo con las fuentes estadísticas oficiales, se utilizarán distintas denominaciones, referidas a los segmentos más significativos. Con indicadores por rentas: clases trabajadoras medio-bajas (en contraposición de la sociología funcionalista que las incorpora a la clase media/medio-baja) y clases trabajadoras bajas. Por situación de ocupación o tipo de empleo: clase trabajadora cualificada, poco cualificada (integrando la semicualificada, la poco cualificada y la no cualificada) y desempleada. Por posición profesional o de propiedad: (mayoría de) asalariados y autónomos. Igualmente, atendiendo a su nivel de (in)seguridad se hablará de dos segmentos diferenciados, el estable y con mejores condiciones laborales y el precario, con contrato temporal, subempleo o en paro, es decir, el 'precariado'. No se utilizarán otras expresiones como clase obrera (asimilada al sector industrial), clases bajas (distorsionadas por el enfoque liberal), el segmento pobre (válido para una parte), ni tampoco otras denominaciones antiguas como lumpen-proletariado (sectores marginales) o aristocracia obrera (capas acomodadas). En definitiva, las clases trabajadoras, con fragmentación o segmentación interna, en su configuración 'objetiva, tienen una posición subordinada respecto de los medios de producción y el poder, sufren explotación y desposesión y tienen unos recursos y un estilo de vida y consumo por debajo de la renta media. Con esos criterios, los resultados que avanzamos es una composición mayoritaria en torno a los dos tercios de la población activa (en todo caso, entre el 60% y el 75%).

Lo específico de esta etapa sociopolítica, vinculado a los amplios procesos de participación ciudadana y deslegitimación social de las élites, es la emergencia de la percepción (conciencia) de bloques sociales distintos y con intereses y posiciones diferentes, así como la persistencia de una pugna en un doble plano: pasiva aunque de opinión y legitimidad, y activa o de participación sociopolítica. Dentro de esa relación social los primeros en visualizarse fueron los 'poderosos', causantes de la crisis económica y que iniciaron una fuerte ofensiva antisocial con sus políticas de austeridad y recortes sociales; uno de sus representantes más genuinos, el financiero W. Buffet (2012) lo expresaba claramente (y de forma cínica): *Durante los últimos veinte años ha habido una guerra de clases y mi clase ha vencido*. Luego vino la reacción progresista y democrática de capas populares, desde la crítica y la disociación (desconfianza) con el poder financiero e institucional. Sus bases sociales son diversas, aunque de clases trabajadoras y medias (bloqueadas o descendentes, con incertidumbre), muchas jóvenes e ilustradas. Quedan aparte las capas medias

ascendentes como sector colocado en el apoyo al poder o el acceso a mayores privilegios, así como un sector intermedio por su punto de vista cultural –conservador- o sociopolítico –pasivo, indiferente o acomodaticio-. No hay una correspondencia mecánica; no se puede decir aquello de cuanto más rico más de derechas y cuanto más pobre más de izquierdas (en particular esto último). Pero sí hay cierta relación: el bloque de poder está compuesto, sobre todo, por capas altas y acomodadas; y el bloque popular está apoyado por capas medias y trabajadoras, mientras sectores significativos van y vienen. La situación material y cultural de la gente tiene cierta relación con su actitud sociopolítica, como bien señala Subirats en su análisis de la sociedad catalana.

Aquí adoptamos una visión relacional o interactiva, dinámica o histórica y multidimensional de la configuración de las clases sociales y su actuación como actores o sujetos a través de sus agentes representativos. Hay que partir de la *experiencia* y el *comportamiento social* sobre la base de intereses compartidos, demandas colectivas, relaciones sociales y expresión cultural. Estos aspectos son claves para la formación de las ‘clases’, como pertenencia o identidad y práctica social, y los ‘agentes’ o sujetos sociopolíticos. No hay que quedarse en la clase ‘objetiva’ (en sí), considerando que la conciencia puede venir por añadidura de élites políticas, y desde ahí construir la clase (para sí); la existencia de una clase social debe comprobarse en la ‘experiencia’, en el comportamiento público, en la práctica social y cultural diferenciada, aunque no llegue a conflicto social (lucha de clases) abierto o esté combinado con consensos o acuerdos interclasistas. La conciencia se ‘crea’, sobre todo, con la participación popular masiva y solidaria en el conflicto por intereses comunes frente a los de las clases dominantes.

De ahí la importancia del ‘lenguaje’, el discurso y la teoría social que permiten enmarcar las interpretaciones de la realidad social y avanzar en la percepción y la identificación colectivas.

2. Clases sociales: características objetivas

Existen tres grandes clases ‘objetivas’, con diferenciación socioeconómica y de poder: dominante, medias y trabajadoras. Sus contornos y características están sometidos a la selección de los datos de las diferentes fuentes y a distintas interpretaciones y marcos teóricos, tal como se ha explicado. Este capítulo, primero, expone la clasificación de los individuos de la población activa por su situación profesional, tipo de ocupación y nivel de rentas; segundo, analiza el impacto de la crisis en la composición de las clases sociales; tercero, detalla la distribución por sexo y otras variables; cuarto, comenta un estudio global sobre las clases en Cataluña.

2.1 Clases sociales según situación profesional, tipo de ocupación y nivel de rentas

El INE distribuye la población ocupada según la situación profesional y según el tipo de ocupación de acuerdo con el CNO11. Respecto de la situación profesional se clasifican por dos grandes bloques: por **cuenta propia**, que son *Empleadores* (con asalariados) y *autónomos o similares* (empresarios sin asalariados, miembros de cooperativas y trabajo familiar); por **cuenta ajena**, que son *asalariados* (públicos y

privados). En relación con el tipo de ocupación la EPA clasifica a la población ocupada en diez categorías, pero aquí se han agrupado en cuatro bloques, para resaltar las diferencias más significativas, considerando el nivel de cualificación y estatus del empleo y juntando los sectores industrial, de servicios y agrícola-ganadero. Así quedan: a) *Directores y gerentes* (tipo de ocupación 1); b) *Técnicos y profesionales* (2: Técnicos y profesionales científicos e intelectuales; 3: Técnicos; profesionales de apoyo); c) *Trabajadores cualificados* (4: Empleados contables, administrativos y otros empleados de oficina; 6: Trabajadores cualificados en el sector agrícola, ganadero, forestal y pesquero; 7: Artesanos y trabajadores cualificados de las industrias manufactureras y la construcción (excepto operadores de instalaciones y maquinaria), y d) *Trabajadores poco cualificados* -desde semicualificados hasta sin cualificar- (5: Trabajadores de los servicios de restauración, personales, protección y vendedores; 8: Operadores de instalaciones y maquinaria, y montadores; 9, Ocupaciones elementales; 0: Ocupaciones militares –son ochenta y cinco mil y como están sin especificar y la mayoría son soldados profesionales se han incorporado a este grupo, obviando que unos pocos miles son oficiales y jefes, asimilados a la clase media-). El primer bloque lo incorporamos a la clase alta o dominante, el segundo a las clases medias y el tercero y el cuarto a las clases trabajadoras, cualificadas y poco cualificadas, cuya distinción es relevante.

Tabla 1: Población ocupada por situación profesional, ocupación y sexo (%) (2013-IV)

	TOTAL HOMBRES	Empleadores	Autónomos	Asalariados	TOTAL MUJERES	Empleadoras	Autónomas	Asalariadas
Directores y gerentes	5,9	33,1	4,9	3,8	3,1	27,5	5,3	1,8
Técnicos y profesionales	26,1	16,2	23,8	27,5	29,6	21,4	25,6	30,3
Trabajadores cualificados	28,9	24,9	38,7	27,3	17,3	9,5	16,3	17,7
Trab. poco cualificados	39,1	25,8	32,6	41,5	50,1	41,6	52,8	50,1
TOTAL (%)	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0	100,0
TOTALES	9.112,2	603,1	1.382,2	7.127,9	7.646,0	272,6	760,1	6.609,4

Fuente: INE-EPA-2013IV (ocupación según CNO-11), y elaboración propia.

En la tabla 1 se cruzan las tres variables: los cuatro grupos ocupacionales, los tres profesionales y los dos por sexo. Del conjunto de 16,76 millones de personas ocupadas (9,11 de varones y 7,65 de mujeres), el total de empleadores es 0,88 millones (0,60 y 0,28), de autónomos -y similares- 2,14 millones (1,38 y 0,76), y de asalariados 13,73 millones (7,12 y 6,61). Según la situación profesional o la posición de propiedad (jurídica) o no de los medios de producción nos da estas tres categorías *Empleadores, Autónomos y similares*, ambos agrupados por la EPA como ocupados por “cuenta propia”, y *Asalariados*, empleados por “cuenta ajena”.

Esta clasificación convencional es similar a la de una parte de la tradición marxista, más clásica, que para el análisis de clase pone el énfasis en esa situación formal (de propiedad o con contrato laboral) respecto de los medios de producción, aunque con otra denominación y antagonismo: los empleadores o empresarios

(grandes y medianos) serían la *clase burguesa* (explotadora), que sumaría el 5,3%; la población asalariada, la *clase trabajadora* (explotada), con el 81,9%, y los autónomos y similares, junto con una parte de empresarios pequeños, la *clase pequeño-burguesa*, como bloque intermedio, con el 12,8%. Ese aspecto de las relaciones de propiedad es importante e indicativo, pero interpretado de forma rígida y exclusiva, nos da una idea errónea de la composición de clase de la población ocupada. El elemento fundamental, partiendo de la relevancia de la situación 'material' en las relaciones económicas, es el de la *posición de dominio, control o posesión respecto de los medios de producción* (y distribución y reproducción) y la fuerza de trabajo, incluida la capacidad de decisión y gestión productiva y de los recursos humanos (y su relación con los educativos y familiares).

Esta idea de clase social, por sus condiciones 'objetivas', anclada también en el (neo)marxismo de influencia weberiana (Writg, 1994), aborda mejor la realidad sustantiva de las posiciones de explotación y poder en las relaciones económicas y productivas. Es significativa la diferencia entre la posesión y el control efectivo y la situación derivada de la propiedad jurídica. Tenemos a altos ejecutivos (asalariados) cuya capacidad decisoria y de control de medios de producción es muy superior a la de muchos empresarios-propietarios de la pequeña y mediana empresa (e incluso a la de sus accionistas). Esas capas altas asalariadas, particularmente las vinculadas al sector financiero (capas 'extractivas'), utilizan también su posición de control y poder de los instrumentos económicos, en un contexto institucional desregulador y permisivo, para apropiarse del valor creado por otras personas y empresas; son asalariados pero no están explotados sino que son explotadores. Pero, sobre todo, hay que considerar que del bloque de autónomos y similares, en torno al 70% (71,3% de los hombres y 69,1% de las mujeres) pertenecen a la clase trabajadora. Con un control relativo de sus medios de trabajo, una limitada autonomía y una dependencia mercantil y laboral vía subcontratación, este sector de autónomos (muchos son 'falsos autónomos') está más subordinado y dependiente que otras capas asalariadas, profesionales o gestores responsables de departamentos o áreas de negocio, con contrato laboral pero con gente asalariada (o autónomos) bajo su control, y que consideramos de clase media.

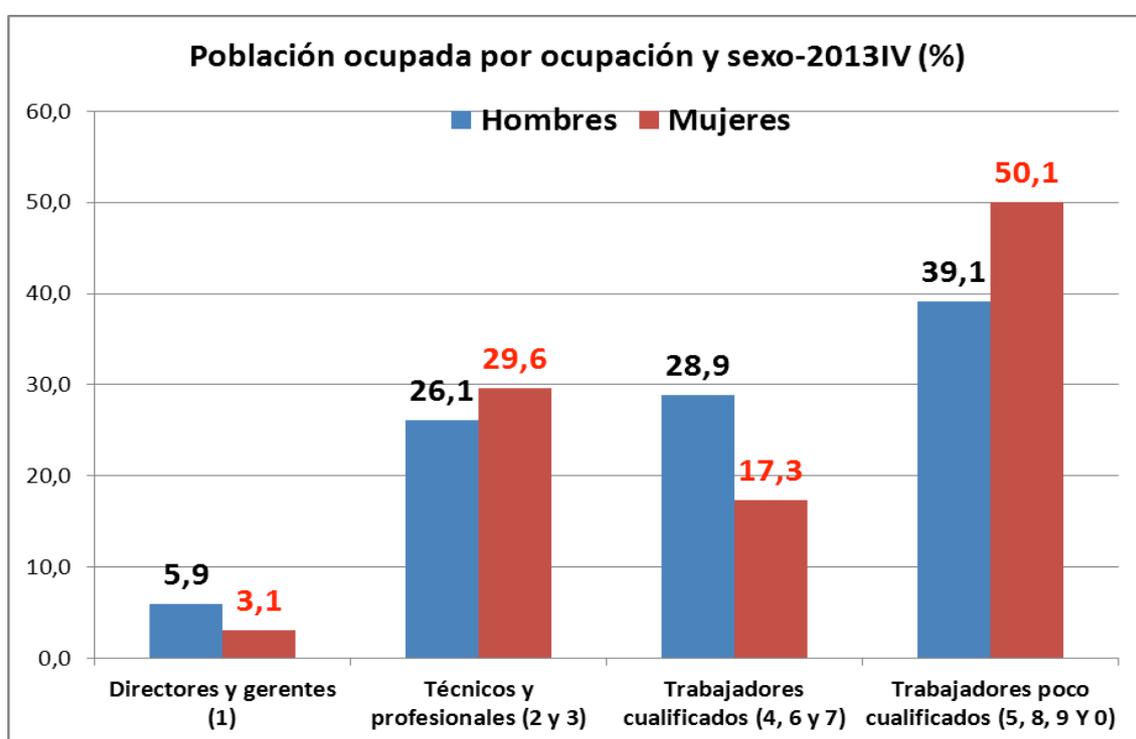
Por tanto, aquí la referencia principal para dividir a la población ocupada será esta posición sustantiva en la capacidad de dominio (o dependencia) de los medios de producción que, a su vez, tiene una vinculación con el grado de poder o autoridad efectivos y un impacto distributivo por la capacidad de apropiación y uso de los recursos económicos (el valor producido). Las dimensiones clave para este concepto de clase social, que definen la posición 'objetiva', son dos: las relaciones de apropiación, y las relaciones de dominación. El grado de explotación que tiene cada segmento de asalariados no viene determinado solo por la condición asalariada (frente al capital o los propietarios), sino por la posición jerárquica o de dominio y subordinación en el aparato productivo (y reproductivo), así como de su nivel retributivo o la parte del valor recibido por su fuerza de trabajo (o su capital y su poder).

Para su análisis utilizaremos los datos EPA sobre el tipo de ocupación (posición y capacidad real de control, autonomía o dependencia de cada tipo de empleo) y no solo la situación profesional formal o su tipo de contrato –laboral o mercantil– (asalariado, autónomo o empleador) o el nivel de ingresos. Estos datos sobre la

posición ocupacional no dan una idea completa de esa situación sustantiva pero proporcionan los datos estadísticos más aproximados a este concepto. Además, hay un reconocimiento oficial de su validez y están vinculados con los criterios establecidos por la *Encuesta socioeconómica europea* (Eurostat), de influencia weberiana y centrada en la cualificación y la autoridad de cada empleo.

Así, junto a la típica ‘vieja’ clase media propietaria (pequeño burguesía en el lenguaje marxista), está la ‘nueva’ clase media asalariada –o autónoma- (técnicos, gestores y profesionales) con una posición superior, de control, autoridad e ingresos, a la de la clase trabajadora. A pesar de ser asalariados (y trabajadores) no forman parte de la misma, al tener una posición de menor subordinación, mayor dominio y capacidad decisoria y remuneraciones superiores a la media, aspectos que inciden en su estatus socioeconómico (capacidad adquisitiva, estilo de vida, ocio y consumo, trayectorias profesionales y expectativas vitales y culturales...).

Gráfico 1: Población ocupada por ocupación y sexo (%) (2013IV)



Fuente: INE-EPA-2013IV (ocupación según CNO-11), y elaboración propia.

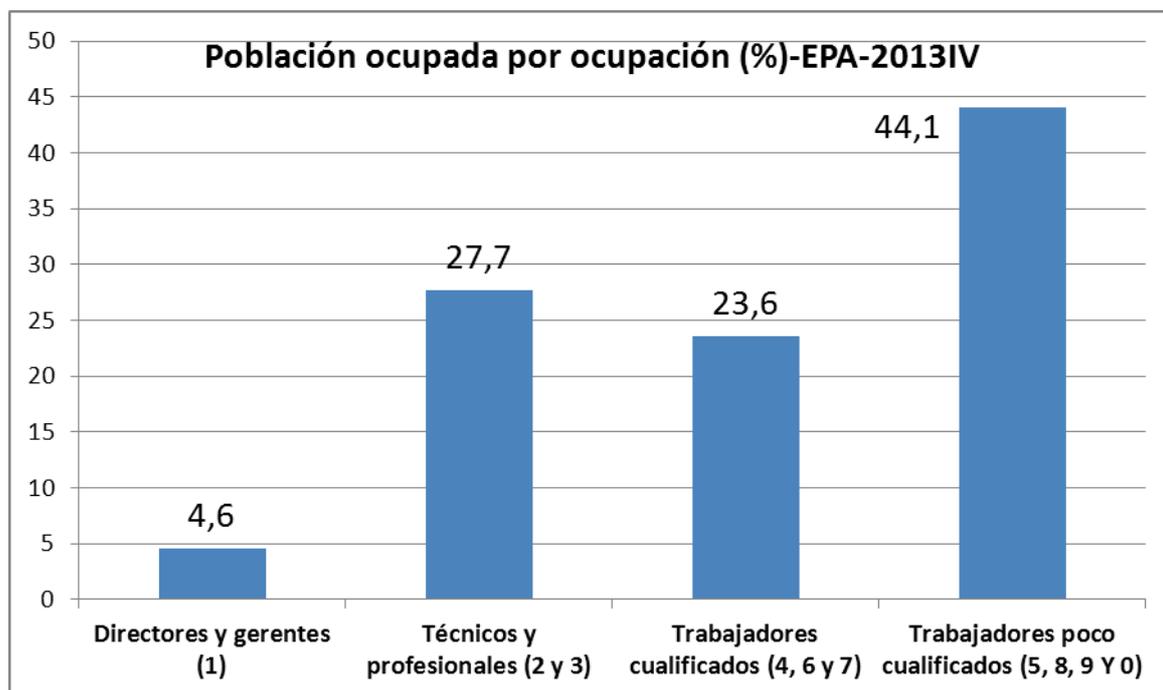
En relación con el sexo hay algunas diferencias significativas (tabla 1 y gráfico 1). Primero, el dato de composición global de la ocupación: el 54,4% son hombres y el 45,6% son mujeres, con casi nueve puntos de diferencia. En la distribución por clase social (tipo de empleo) en la clase alta (directores y gerentes) del total de hombres están el 5,9% y del total de mujeres el 3,1%; entre las clases medias (técnicos y profesionales) el porcentaje de hombres es menor (26,1%) que el de mujeres (29,6%); en la clase trabajadora cualificada es superior el porcentaje de hombres (28,9%

respecto del de mujeres (17,3%), y entre la clase trabajadora poco cualificada, el porcentaje de hombres (39,1%) es inferior al de mujeres (50,1%).

Respecto del origen nacional (EPA-2013TIV) los ocupados de nacionalidad española son 14,4 millones y los de nacionalidad extranjera y doble nacionalidad son 2,3 millones (13,8% del total), la mayoría inmigrantes (una pequeña parte, no especificada, son provenientes de los países más desarrollados con movilidad para sus funciones directivas, profesionales o empresariales y, por tanto, no se pueden considerar inmigrantes). La procedencia es la siguiente (en miles): de Europa 866,8, de América Latina 688,7, del resto del mundo 457,9 y con doble nacionalidad 300,9. Por situación profesional, asalariados son 1.961,3 (14,3% del total), autónomos y similares 272,0 (12,7%) y empleadores 77,1 (8,8%). Siguiendo con los tipos de ocupación o empleo, clasificamos por clases sociales (objetivas) a los extranjeros y con doble nacionalidad y tenemos los siguientes resultados (en miles): Clase alta –directivos y gerentes-, 68,3 (2,9%); clases medias –profesionales y técnicos-, 281,5 (12,2%); clase trabajadora cualificada, 393,8 (17%), y clase trabajadora poco cualificada, 1.571,8 (67,9%). Es decir, si consideramos lo antes comentado de la existencia de una minoría de extranjeros no inmigrantes en puestos técnicos y directivos, tenemos que la gran mayoría de inmigrantes (tres cuartas partes) pertenecen a las clases trabajadoras, especialmente a la no cualificada. Existe una diferencia sustancial con el conjunto de la población ocupada (gráfico 3), pero es todavía mayor si lo comparamos solo con los 14,4 millones de nacionalidad española, cuyos datos, también por tipo de empleo, son los siguientes (en miles): Clase alta, 702,1 (4,9%); clases medias, 4.361,4 (30,2%); clase trabajadora cualificada, 3.557,7 (24,6%), y clase trabajadora poco cualificada, 5.821,5 (40,3%). Los extranjeros (inmigrantes) constituyen el 21,3% del total de las personas con empleo poco cualificado, más de la quinta parte de ese segmento de las clases trabajadoras.

Por último, en el gráfico 3 se expone el resumen de la clasificación en clases sociales según la ocupación del conjunto de la población ocupada: directores y gerentes (clase alta o dominante) el 4,6%; técnicos y profesionales (clases medias) el 27,7%; población trabajadora cualificada el 23,6%, y poco cualificada el 44,1%, es decir, el conjunto de las clases trabajadoras suman el 67,7%. Estos datos son parcialmente diferentes a los que hemos comentado por la posición laboral y de propiedad: empleadores-propietarios o burguesía -5,3%-; pequeños propietarios y autónomos o pequeño burguesía -12,8%- y asalariado o clase trabajadora -81,9%-. No se trata del aspecto cuantitativo de esta última clasificación (catorce puntos más de clase trabajadora y once puntos menos de clase media o pequeño burguesa), sino, sobre todo, de que no nos proporciona una idea adecuada de la posición real de cada segmento en la estructura económica y social. Además, a esta clasificación de las personas ocupadas habrá que añadir la parte de clase trabajadora desempleada.

Gráfico 3: Población ocupada por ocupación (%) (2013TIV)



Fuente: INE-EPA-2013TIV (ocupación según CNO-11), y elaboración propia.

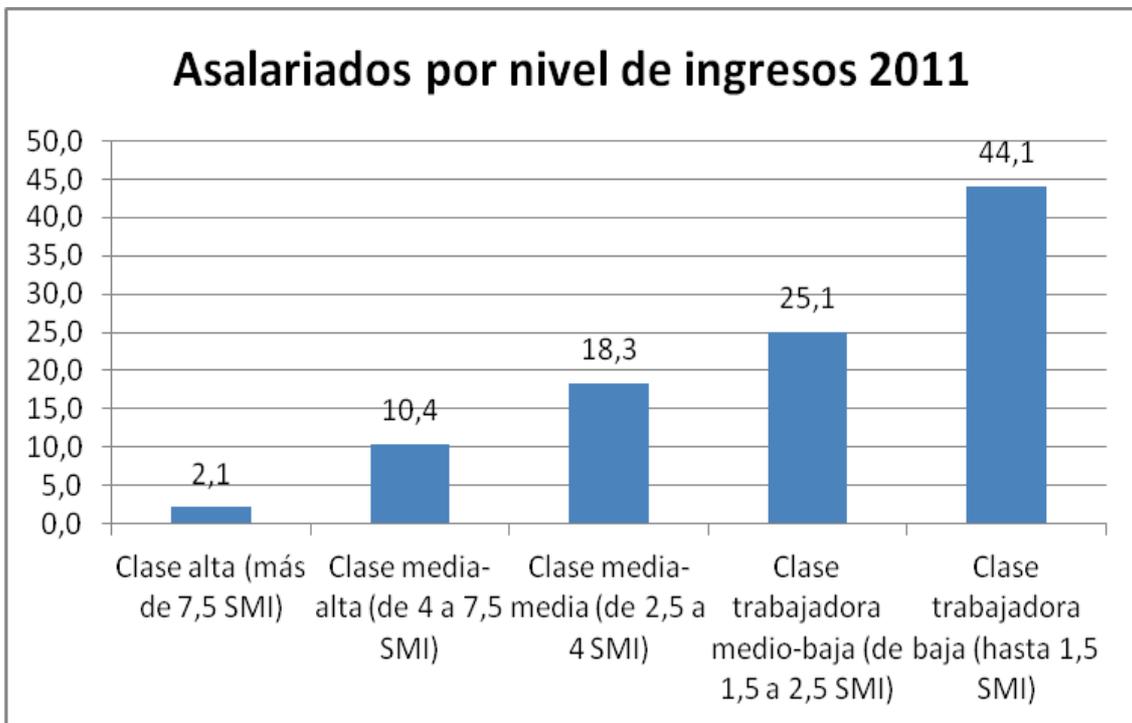
En el gráfico 4 se analiza la distribución de la población asalariada por su nivel de ingresos. Según la última *Encuesta de estructura salarial*, publicada por el INE (2013) y referida a datos del año 2011, el salario mensual medio en España (en catorce pagas) es de 1.636 euros; es decir, distribuida toda la masa salarial entre la población asalariada la media individual es ésta. Así mismo, el salario mediano es de 1.379 euros; es el límite que divide en dos mitades al conjunto de las personas asalariadas, o sea, que el 50% cobra más que esa cantidad y el 50% menos. Además, el percentil 10 – décima parte inferior- percibe 600 euros, y el percentil 90 –superior- 2.906; el cuartil (cuarta parte) inferior percibe 1.379 euros y el cuartil superior 2.047.

Las personas asalariadas son ‘trabajadores y trabajadoras’, sus retribuciones derivan de su trabajo personal. No obstante, como se ha adelantado, no se puede asimilar toda la población asalariada o con contrato laboral a ‘clase’ trabajadora que la definimos por una posición de explotación y subordinación derivada de su tipo de ocupación y unas remuneraciones medio-bajas o bajas. Existen personas asalariadas, o trabajadores y trabajadoras, que son de clase media, por su posición de poder o control y sus rentas superiores a la media, y unos pocos de clase alta, con una posición dominante y unas remuneraciones que exceden con mucho el valor de su trabajo personal.

Siguiendo con el indicador de ingresos, habitual en las clasificaciones de clase (de orientación funcionalista), la frontera para diferenciar los asalariados de la llamada clase media-media (y superior) de los de la clase media-baja (e inferior) es la media salarial de 1.636 euros. Los primeros, por este nivel de ingresos, pertenecen a la típica clase media y los segundos a las clases trabajadoras.

En algunas instituciones se clasifican también tres clases sociales: alta, media y baja. En la baja se sitúan los que tienen una remuneración por debajo del 75% de los ingresos medios (1.227 euros) y la clase media se dividiría en dos partes, la clase media-baja entre el 75% y el 100% (1.227 y 1636 euros), y la clase media-media entre el 100% y el 125% (1.636 y 2.045 euros) de los ingresos medios. Otros autores ponen como referencia los salarios medianos, con lo que la clase baja la constituirían los que ingresan menos de 1.034 euros (milleuristas e inferiores). Los de más arriba ya serían de la clase media. Como se ha avanzado, aparte de lo inadecuado de esta clasificación exclusiva por ingresos, la colocación del límite no es neutra. Difumina a la clase trabajadora, estigmatiza a la llamada clase baja y amplifica a la clase media.

Gráfico 4: Población asalariada por nivel de ingresos en 2011 (INE-2013) (%)



Fuente: INE-Encuesta de estructura salarial (2013), y elaboración propia.

Por tanto, según nuestra opción metodológica, clase media no es la que está en torno a la media de ingresos, sino la que está por encima de la media (no solo de la mediana), y clase trabajadora la que está por debajo de esa media. Esa desigual situación de ingresos está relacionada con una posición diferenciada en cuanto a las relaciones de empleo, de mayor subordinación en la clase trabajadora frente a las de control, autonomía y dominio (experto) de la clase media, y las dos bajo la hegemonía de la clase dominante. En consecuencia, para fijar una situación de clase social iremos combinando los distintos criterios: posición, ingresos y poder.

Este análisis se sitúa en el nivel individual. Se deja al margen otro aspecto fundamental, la estructura familiar o de convivencia y la distribución interna de sus funciones. No es indiferente la situación de las familias monoparentales, que las que viven en pareja (o más personas) y entre ellas las que uno o más individuos tienen

empleo o están en desempleo o son inactivos (a su cargo), generándose una redistribución más o menos solidaria de los ingresos por hogar (que incluye a las personas inactivas con ingresos propios –pensionistas- o sin ingresos –niños, jóvenes y amas de casa-). Pero, para no ser demasiado prolijos no se detalla esta problemática.

Aquí debido a los indicadores estadísticos existentes por tramos y basados en el Salario Mínimo Interprofesional –SMI- (641,40 euros), vamos a tener como referencia ese límite distintivo de la media salarial, próximo a los 2,5 SMI: 1.603,50 euros en 14 pagas (22.450 euros anuales, o 1.871 en doce pagas), y también similar al de los ingresos medios del conjunto de la población.

Diferenciamos dos niveles de clases medias: la *clase media-media* (entre 2,5 y 4 SMI -1.603 y 2.566 euros-) que supone el 18,3% de la población asalariada, y la *clase media-alta* (de 4 a 7,5 SMI -2.566 y 4.810 euros-), compuesta por el 10,4%. Arriba del todo está la *clase alta* (2,1%), con salarios superiores a 7,5 SMI (4.810 euros). Las clases trabajadoras, también por su remuneración salarial, las dividimos en dos segmentos: la *clase trabajadora medio-baja* (entre 1,5 y 2,5 SMI -962 y 1.603 euros-), que constituye el 25,1%, y la *clase trabajadora baja* (hasta 1,5 SMI -962 euros-), el segmento más amplio (44,1%).

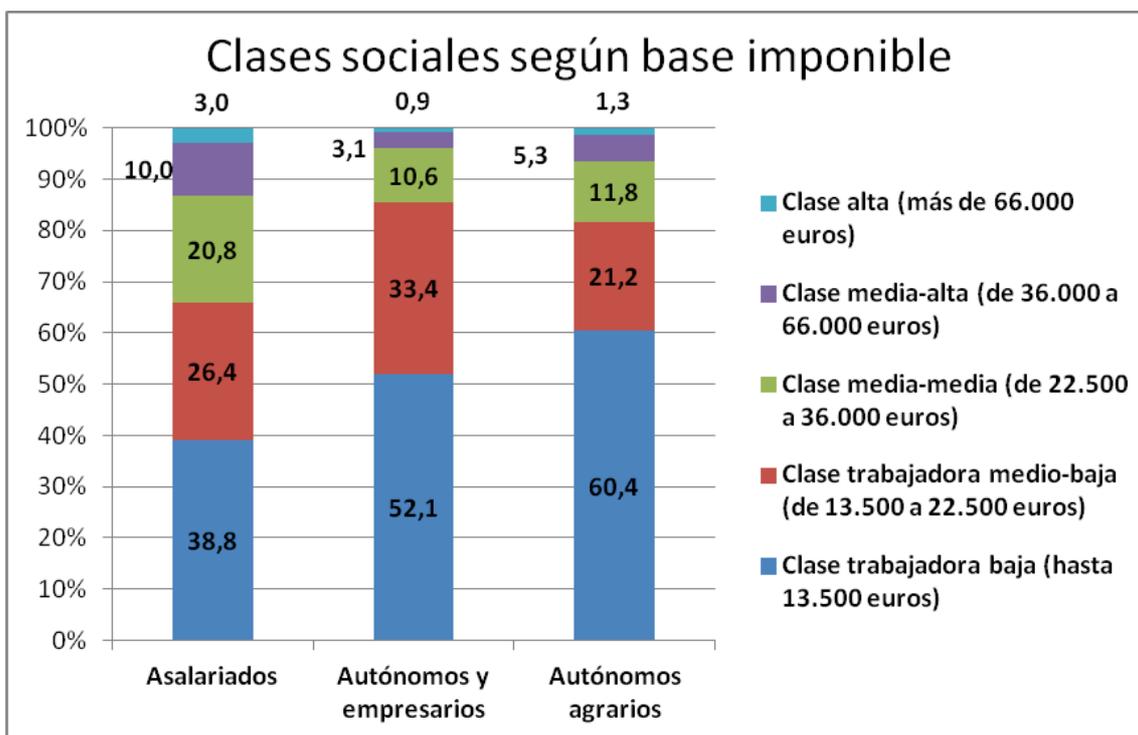
Es decir, atendiendo a sus remuneraciones, el conjunto de la población asalariada está compuesto por tres clases sociales (diferenciada en cinco segmentos significativos, por lo que se denominan utilizando el plural): *clases trabajadoras*, que son una amplia mayoría del 69,2%; *clases medias*, que suman el 28,3%, y *clase alta*, con el 2,1%. Por tanto, para la clasificación de la situación ‘objetiva’ de clase no hay que tener en cuenta, solamente, la figura jurídica de su situación profesional (o contrato laboral), por cuenta propia (empleador, empresario o autónomo) o cuenta ajena (empleado o asalariado). El nivel de ingresos, aquí expuesto, es otro dato relevante que refleja, normalmente, el estatus socioeconómico de la persona asalariada, su cualificación, su estilo de vida y, sobre todo, la distinta posición respecto de la autoridad y el control en las relaciones de producción (o trabajo), dando lugar a situaciones desiguales de dominio o subordinación y su capacidad de apropiación de los recursos y remuneraciones.

El gráfico 5 expresa la distribución de la población con declaración tributaria del IRPF, sobre las bases imponibles de rendimientos del trabajo y actividades económicas, en estimación objetiva. Para distinguir las personas pertenecientes (por ingresos) a las clases trabajadoras y a las clases medias hemos partido del dato de 22.500 euros anuales (1.875 euros en doce mensualidades o 1.607 euros en catorce pagas) que, como se ha comentado antes, constituye aproximadamente el ingreso salarial medio y la renta media. Y dada las desigualdades significativas de ingresos, hemos diferenciado la clase trabajadora media-baja de la clase trabajadora baja; igualmente, en las clases medias se ha distinguido la clase media-media y la clase media-alta.

Como se ve, según sus declaraciones a Hacienda, en el bloque de asalariados el 65,2% son de clase trabajadora pero, curiosamente, entre el sector de autónomos y empresarios (aunque estos últimos son minoría) el 85,5% (81,6% en el sector agrario) tienen ingresos similares a los de clase trabajadora. Los ingresos reales de autónomos y empresarios suelen ser algo superiores a los que declaran a Hacienda; según distintas fuentes la economía sumergida, no controlada por el fisco, supera el 20% del valor producido y reconocido del PIB. Afecta a los autónomos y, sobre todo, a las inversiones

financieras opacas de las rentas altas, y no ocurre entre los asalariados. Aun contando con esos ingresos medios (y desiguales) de un 20% más de lo declarado, podemos mantener que en este bloque (de autónomos o empresarios sin asalariados) también se produce una fuerte segmentación interna y la mayoría tiene ingresos similares a los asalariados de rentas medio-bajas y bajas.

Gráfico 5: Clases sociales según la base imponible



Fuente: Agencia Tributaria - (2013) – Anexo estadístico sobre el IRPF del ejercicio 2011, y elaboración propia.

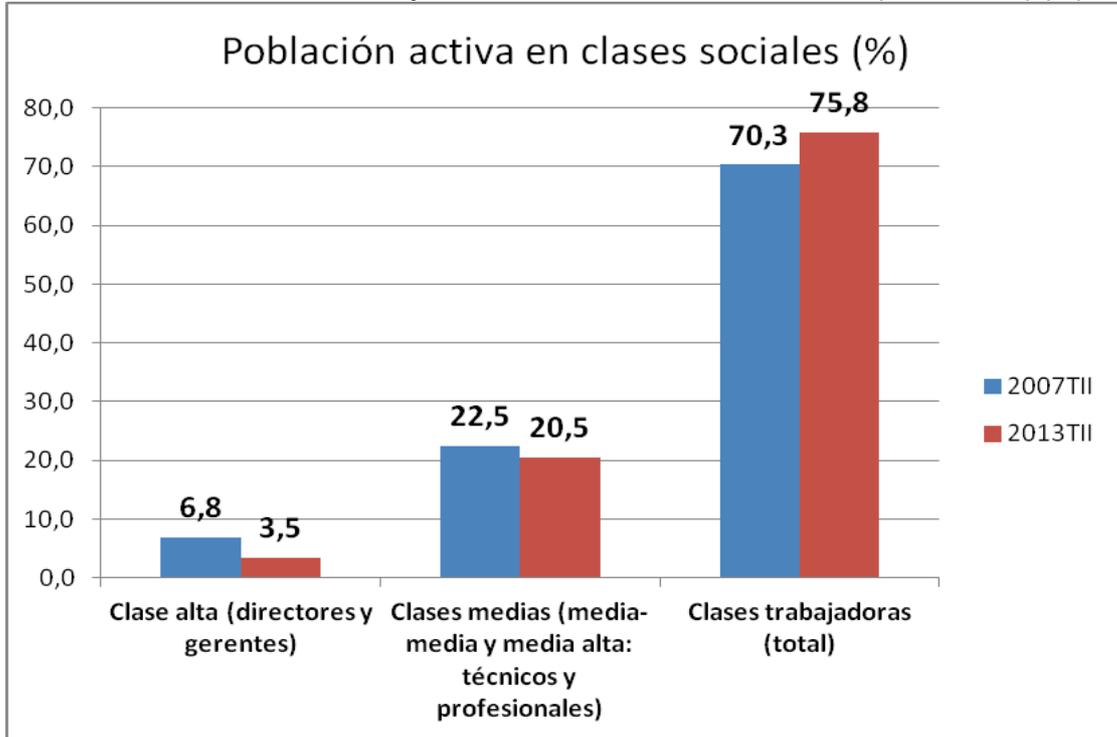
Por otro lado, por arriba, el 3% de asalariados y entre el 0,9% y el 1,3% de empresarios y autónomos son de clase alta. Y las clases medias, minoritarias y menos de la mitad que las clases trabajadoras, serían mayores entre los asalariados (30,8%) que entre autónomos y empresarios de pymes (entre 13,7% y 17,1%).

2.2 Impacto de la crisis en la composición de las clases sociales

El gráfico 6 explica la evolución de la población activa en los últimos seis años, desde antes de la crisis (2007) hasta la actualidad (2013), cogiendo el segundo trimestre de cada año que es el más estable y con menos factores estacionales en materia de empleo. La población activa está constituida por la población ocupada (asalariada, empleadora y autónoma) y la población desempleada. Aquí, se clasifican los individuos por su tipo de ocupación, incluyendo en las clases trabajadoras a las personas en paro (definidas porque están buscando empleo y que, por tanto, están incorporadas al mercado de trabajo). Estos datos de la EPA son similares a la *Clasificación socioeconómica europea*, basados en el estatus del empleo según nivel de

cualificación, de influencia weberiana. Los diez segmentos (sumados sectores de actividad tal como se han detallado) se agrupan en tres grandes bloques o clases sociales: *clase alta*, empleos de alta dirección o gestión; *clases medias*, empleos de alta cualificación de técnicos, gestores, expertos o profesionales; *clases trabajadoras*, empleos cualificados, semicualificados o de poca cualificación así como personas en desempleo (en paro, aunque tengan una cualificación académica superior).

Gráfico 6: Evolución de la población activa en clases sociales (2007-2013) (%)



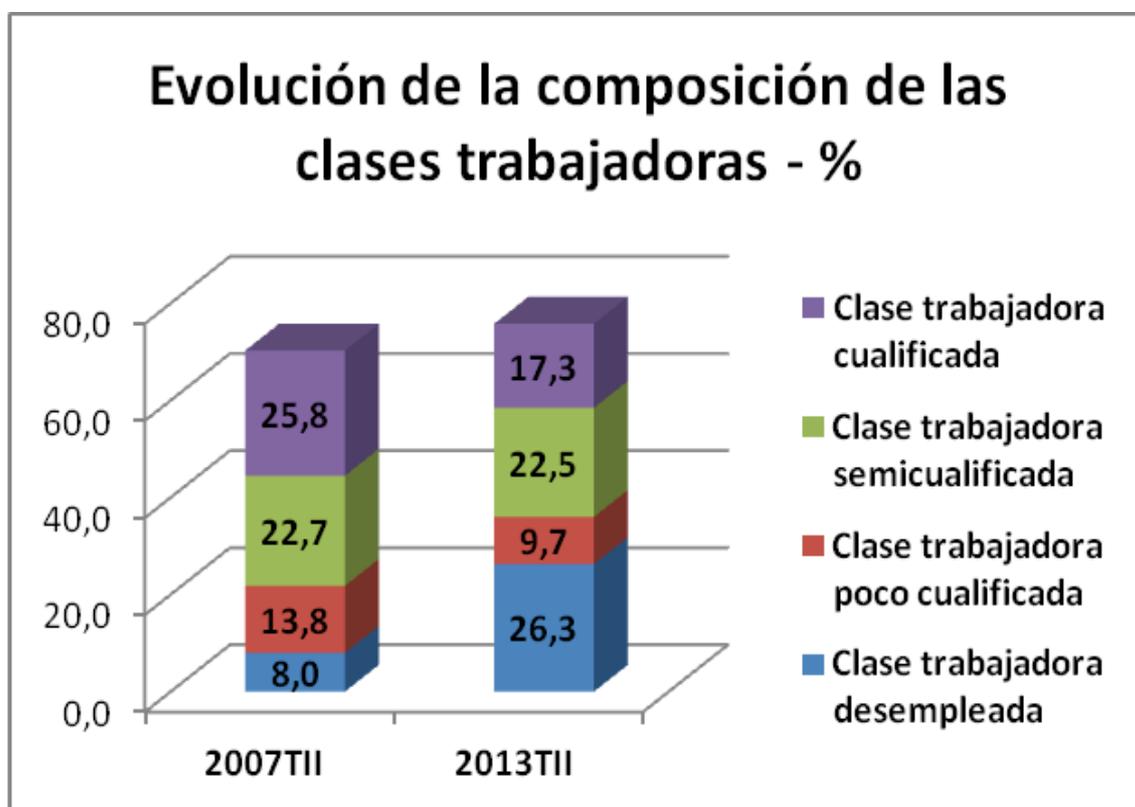
Fuente: INE-EPA 2007TII y 2013TII, y elaboración propia.

En estos seis años de crisis, contando con los correspondientes redondeos, han disminuido la clase alta (3,3 puntos, casi la mitad) y las clases medias (2 puntos), y se han incrementado las clases trabajadoras (5,5 puntos). En todo caso, el dato relevante es la composición ampliamente mayoritaria de las clases trabajadoras (75,8%), frente a las clases medias (20,5%) y la clase alta (3,5%). Si comparamos con los resultados de las mismas clases sociales en que agrupábamos la población asalariada (o sea, sin empresarios, autónomos y desempleados) por su nivel de ingresos, vemos una importante aproximación en el distinto peso de cada una de las tres grandes clases sociales en los dos ámbitos (población asalariada y población activa), con más de dos tercios de clases trabajadoras, entre el 20% y el 30% de clases medias y no llega al 4% de clase alta.

El gráfico 7 muestra la evolución solo de las clases trabajadoras, es decir, la población ocupada sin las clases alta y medias (de empleo de alta cualificación, gestión o control) y añadiendo la población desempleada. El análisis se realiza con los datos del tipo de ocupación o cualificación de su empleo (o paro) según la EPA. El total de las

clases trabajadoras, respecto del conjunto de población activa, era del 70,3% en el año 2007, y del 75,8% en el año 2013, con un incremento de más de cinco puntos.

Gráfico 7: Evolución de la composición de las clases trabajadoras (2007-2013) (%)

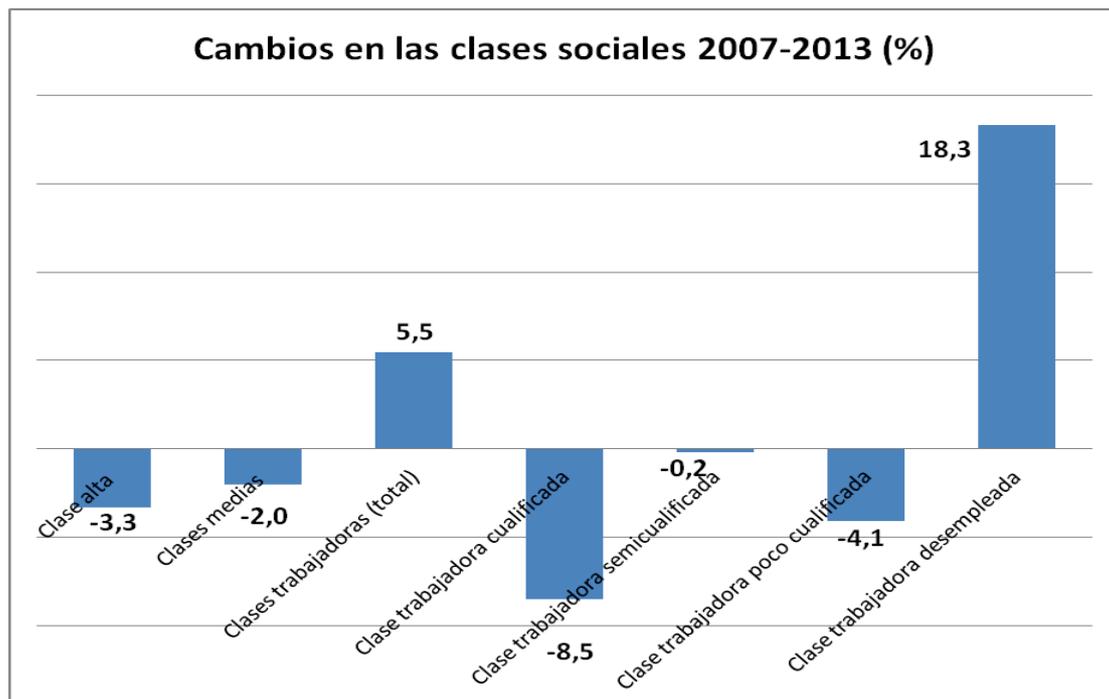


Fuente: INE-EPA-2007TII y 2013TII, y elaboración propia.

El impacto de la crisis en sus cuatro segmentos significativos es el siguiente. Desciende el segmento de empleo *cualificado* de la clase trabajadora (más de ocho puntos), se mantiene el de empleo *semicualificado*, disminuye el de *poco cualificado* (cuatro puntos) y aumenta el de *desempleo* (dieciocho puntos). Si en el año 2007 las personas desempleadas o con empleo poco cualificado eran el 30% de las clases trabajadoras, en el año 2013 eran cerca de la mitad (47,4%); en la composición interna de las clases trabajadoras se produce una regresión en el tipo de ocupación o condiciones de cualificación del empleo.

El gráfico 8 detalla las variaciones en la composición de clase (por su situación ocupacional) de la población activa entre los años 2007 y 2013. Explica los efectos de la crisis en la dimensión de las distintas capas sociales. La clase alta se reduce 3,3 puntos y las clases medias disminuyen 2 puntos. Al contrario, las clases trabajadoras aumentan 5,5 puntos, y se amplía una distribución interna más segmentada: fuerte incremento del segmento parado (18,3 puntos) y una reducción significativa de los segmentos cualificado (8,5 puntos) y poco cualificado (4,1 puntos) permaneciendo casi igual el segmento semicualificado.

Gráfico 8: Cambios en las clases sociales por el impacto de la crisis (2007-2013) (%)



Fuente: INE-EPA-2007TII y 2013TII, y elaboración propia.

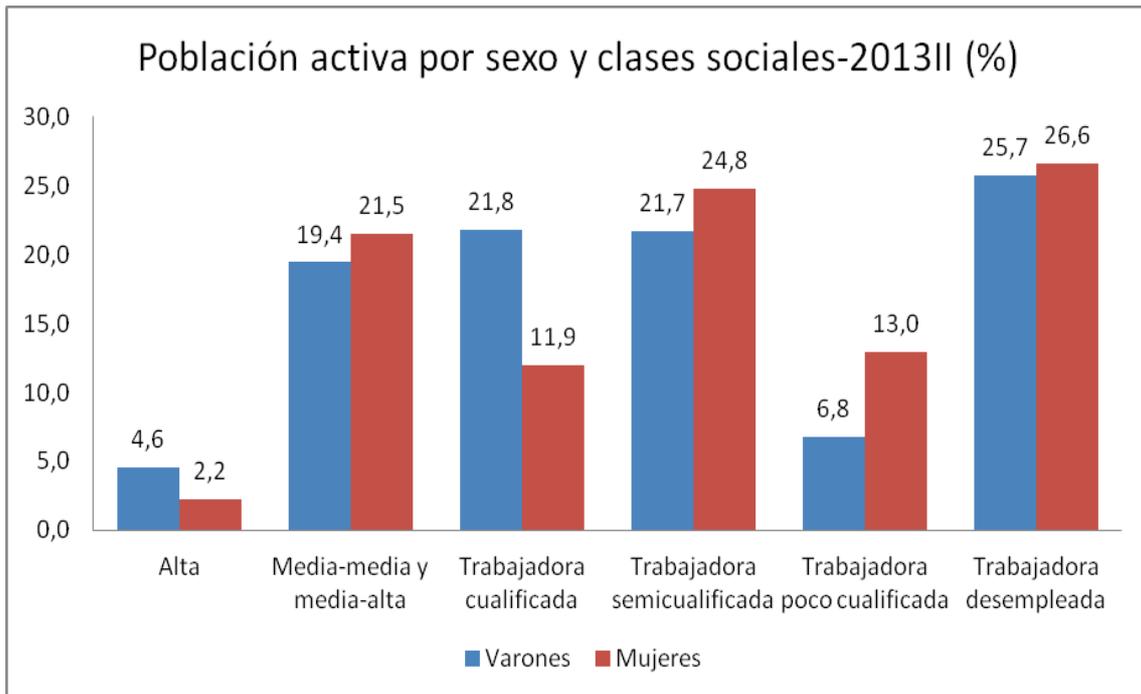
2.3 Clases sociales por sexo

El gráfico 9 muestra la distribución de la población activa (ocupada y desempleada) por clases sociales, diferenciada por sexo. El porcentaje es respecto del total de cada sexo. En el total de los tres segmentos inferiores de las clases trabajadoras, semicualificada, poco cualificada y desempleada, el porcentaje de mujeres (64,4%) es mayor (diez puntos) que el de varones (54,2%). Esta diferencia es similar, pero al contrario, en la composición de la clase trabajadora cualificada, donde predominan los varones (21,8%) frente a las mujeres (11,9%). Sumados ambos porcentajes, las personas pertenecientes a las clases trabajadoras, por sexo, son similares: 76,3% de las mujeres y 76% de los varones. La desigualdad se produce en esos diez puntos de desventaja de las mujeres respecto de los varones, en la participación en el segmento trabajador cualificado. Por otra parte, en relación con la situación de las clases medias, el porcentaje de mujeres (21,5%) es ligeramente superior al de varones (19,4%), en unos dos puntos, diferencia que se ve compensada por su menor presencia en la clase alta (2,2% frente al 4,6% de varones).

Estos datos significan, por un lado, que la cúpula económica está dominada por hombres (más de dos tercios del total, el doble que el porcentaje de mujeres) y que la situación ocupacional media de las mujeres es desventajosa respecto a la de la media de los varones, particularmente en la composición de las clases trabajadoras. Así, el porcentaje de desempleadas y poco cualificadas (bloqueadas respecto de empleos especializados) siguen teniendo un mayor peso entre las mujeres (39,6%) que entre los varones (32,5%); se notan las desigualdades por género. Por otro lado, entre las

mujeres se produce también una gran desigualdad interna (similar a la de varones) entre una minoría de mujeres (23,7%) de clases medias y alta y una mayoría de ellas de clases trabajadoras (76,3%). Quiere decir que cerca de una cuarta parte de mujeres tienen un estatus socioeconómico, de empleo y autoridad superior al de tres cuartas partes de mujeres y similar porcentaje de varones. Las mujeres no son un grupo homogéneo y también están cruzadas por las desigualdades de clase.

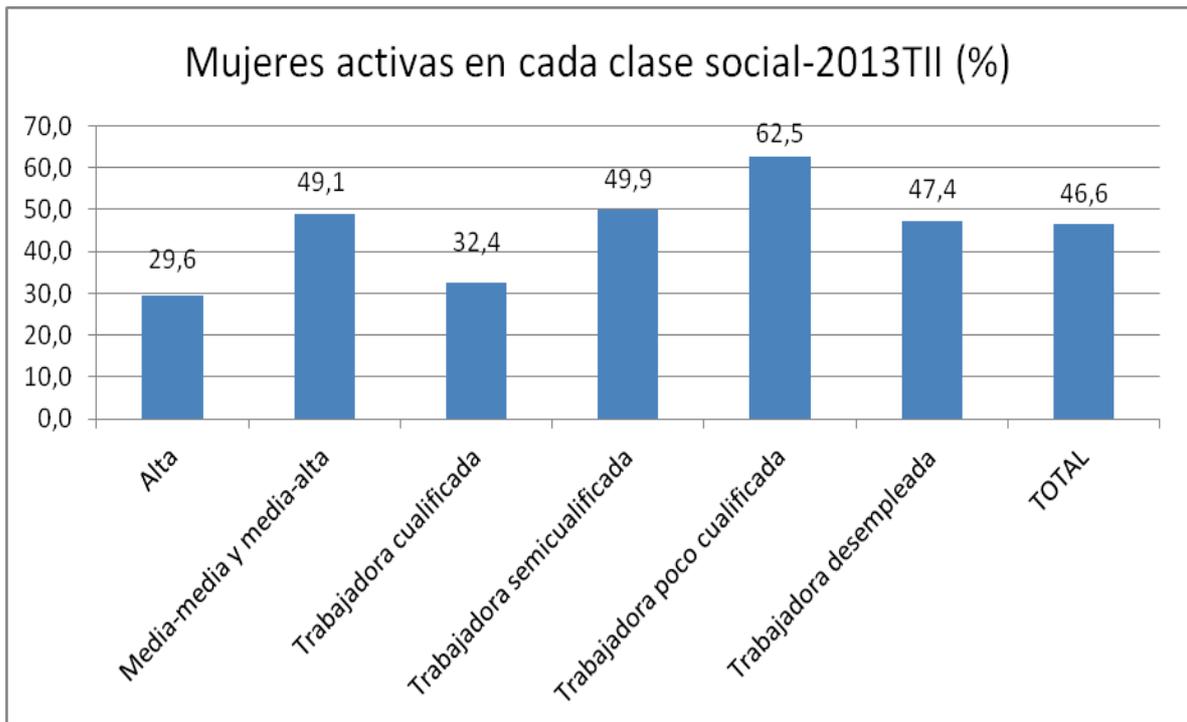
Grafico 9: Población activa por sexo y clases sociales – 2013TII (%)



Fuente: INE-EPA (2013TII) y elaboración propia.

Este aspecto se desarrolla en el gráfico 10 en el que se detalla la distribución de las mujeres activas (ocupadas y desempleadas) en cada clase social, según los criterios ocupacionales o de tipo de empleo (o paro). Aquí se sacan los porcentajes de mujeres respecto del total de hombres y mujeres de cada segmento de la población activa. En el conjunto de la población activa el total de mujeres es el 46,6% (y de varones el 53,4% restante); es similar a la distribución entre las clases trabajadoras, donde las mujeres son el 46,7% (y los varones el 53,3%). Como se observa, por tipo de ocupación, son mujeres casi el 30% de la clase alta y casi la mitad de las clases medias. Respecto de las clases trabajadoras las mujeres son cerca de la mitad, por encima de su porcentaje en el conjunto de la población activa y, especialmente, su presencia es superior en el segmento semicualificado y en paro; al mismo tiempo, los mayores desequilibrios respecto de los varones se producen con su mayor participación en el segmento de poca cualificación y, al contrario, su menor presencia en el segmento trabajador cualificado.

Gráfico 10: Mujeres activas en cada clase social – 2013TII (%)

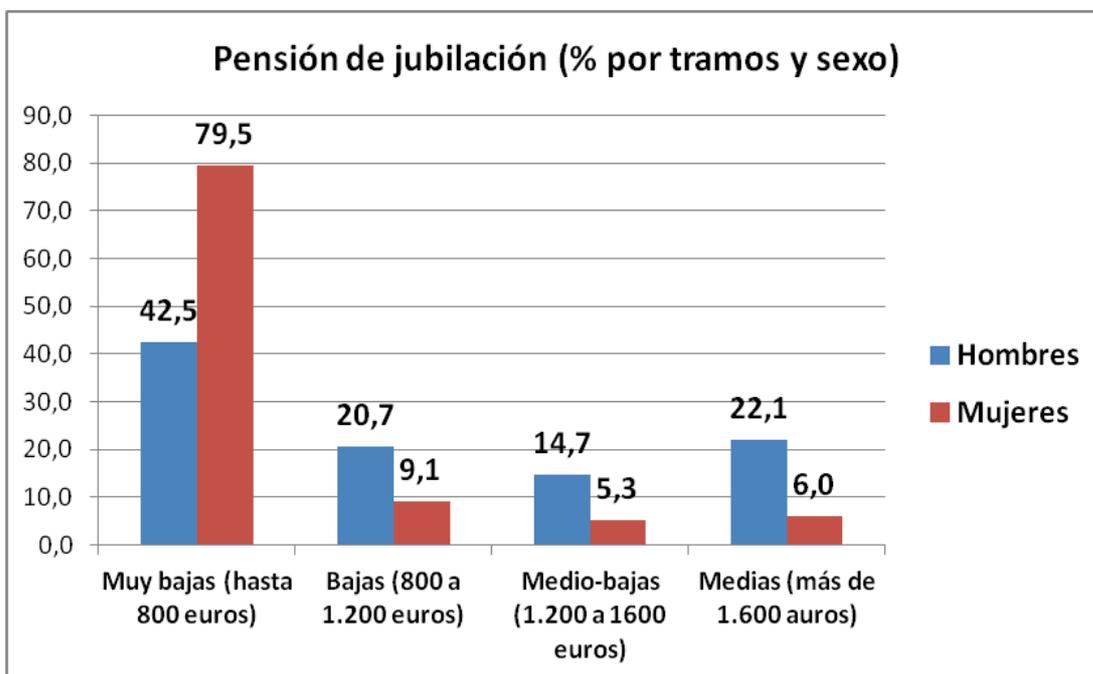


Fuente: INE-EPA (2013TII) (por situación ocupacional), y elaboración propia.

Para completar el análisis de la población activa con otra parte inactiva pero significativa, las personas pensionistas, se muestra en el gráfico 11 la distribución de los importes de las pensiones de jubilación por tramos de su cuantía y sexo. Siguiendo con el criterio de clasificación de clase por el nivel de ingresos tendríamos que solo el 22,1% de hombres y el 6% de mujeres reciben unas prestaciones por pensiones de jubilación de nivel de clase media. El resto tendría unos ingresos que los sitúan entre las clases trabajadoras, destacando la amplitud de las *muy bajas* que reciben el 79,5% de mujeres y el 42,4% de hombres. Hay que recordar que la pensión mensual media de jubilación del Régimen General (1.084 euros a noviembre de 2011, año de referencia para comparar con el salario medio) era el 66,3% del salario medio en ese año (1.636 euros).

Con datos del año 2013, las pensiones de jubilación del Régimen General – asalariados- (3,72 millones con una media de 1.123 euros) son superiores a las de los autónomos (1,23 millones con una media de 688 euros). Además, la media de los 2,34 millones de pensiones de viudedad es de 618 euros (658 en el Régimen General y 460 en el de Autónomos), y la gran mayoría (81,5%) son muy bajas e inferiores a 800 euros. Teniendo en cuenta que el 92,9% de estas pensiones de viudedad son para mujeres, que gran parte de ellas dependen fundamentalmente de esta pensión y que cerca del 80% de mujeres (que han cumplido los requisitos de empleo y cotización social) reciben una pensión de jubilación inferior a 800 euros, la gran mayoría de mujeres ancianas padece una situación empobrecida, mayor que la de los hombres, y refleja su posición discriminatoria en el mercado de trabajo.

Gráfico 11: Pensiones de jubilación por tramos de cuantía y sexo (%)



Fuente: Seguridad Social – Estadísticas (2013).

2.4 Capas y clases sociales en Cataluña

Por último, incorporamos los resultados del estudio de Marina Subirats (2012), que ha realizado una profunda y detallada investigación sobre la estructura social de Cataluña, con datos de 2006 y publicada en el año 2012. Es el estudio más amplio sobre la división en clases sociales realizado en España en estas décadas. Se analizan 248 variables agrupadas en 15 ámbitos temáticos que son los siguientes (con nº de variables): Nivel de estudios y hábitos culturales (15). Trabajo productivo (18). Tipos familiares (12). Consumo (11). Recursos económicos (21). Vacaciones (6). Equipamiento del hogar (18). Vivienda (17). Formas de relación (12). Tiempo libre (34). Origen geográfico (6). Salud (6). Entorno (29). Expectativas (8). Voto y asociacionismo (6). Por tanto, se incorporan factores económicos, sociales, de estilo de vida y comportamiento social, con un enfoque multidimensional.

En su análisis se comprueba la realidad de siete tipos distintos de capas sociales (más la clase corporativa y los sectores marginales que no aparecen con suficiente impacto estadístico en las encuestas pero que sí se evidencian): cuatro capas o subclases integradas en las clases medias (*Empresarios con asalariados, Nueva clase media, Jóvenes de clase media y Autónomos*) y tres en la clase trabajadora (*Trabajadores jóvenes y adultos, Trabajadores viejos e Inmigrantes recientes*).

El resumen de su distribución global es la siguiente (p. 199): clases medias 40,4% y clase trabajadora 59,6%. Las clases trabajadoras son ampliamente mayoritarias respecto de las clases medias, coincidiendo globalmente con lo aquí expuesto, aunque con alguna pequeña diferencia. En su valoración se da una gran

importancia a la conformación de la clase corporativa como clase dominante, hasta tal punto que excluye de las clases altas o élites dirigentes a otros sectores de la llamada ‘burguesía’ catalana, como grandes empresarios y altos gestores. No obstante, como estadísticamente es inferior al 1% no se refleja en sus resultados. El otro matiz es en relación con la valoración de los autónomos que explicamos más tarde.

Podemos resaltar la existencia dentro de las clases medias de una capa diferenciada por edad, los ‘jóvenes de clase media’ con rasgos distintos de la ‘clase media adulta’ y de los ‘jóvenes de clase trabajadora’ (e inmigrantes). Igualmente, dentro de las clases trabajadoras distingue a los trabajadores ‘viejos’ de los ‘jóvenes y adultos’, bloque este último que forma una misma fracción. La distinción no solo es por la edad sino que viene acompañada de unas referencias culturales y estilos de vida diferentes (emigrantes de la península, castellano hablantes y con poca cualificación). Dentro de la clase trabajadora, también distingue al segmento de ‘inmigrantes recientes’ (extranjeros).

Tabla 2: Clases y capas sociales en Cataluña en 2006

Clases y capas sociales en Cataluña (datos de 2006). Subirats, 2012 (corregida)		
CLASES ALTAS (dominantes) (total)		1,2
Clase corporativa	0,2	
Capa gestora (cosmopolita)	0,5	
Gran empresariado	0,5	
CLASES MEDIAS (total)		34,4
Empresarios con asalariados (pyme)	4,4	
Nueva clase media (profesional y técnica)	17,5	
Jóvenes de clase media	10,5	
Autónomos medios	2,0	
CLASES TRABAJADORAS (total)		64,4
Autónomos de clase trabajadora	4,8	
Trabajadores jóvenes y adultos	25,7	
Trabajadores viejos	26,1	
Inmigrantes recientes	7,8	

Fuente: Subirat, 2012, y elaboración propia.

La tabla 2 muestra una clasificación corregida de sus resultados. Globalmente, me parecen adecuados los criterios metodológicos empleados. Ya se ha hecho antes alusión a la distinción entre clase social objetiva y clase social como agente colectivo, siendo éste el aspecto más relevante desde el punto de vista sociopolítico. Aquí se explican dos matices relevantes sobre su clasificación. A partir de sus propios datos, se han agrupado de forma diferente varios segmentos por criterios interpretativos distintos a los suyos.

Uno, tiene poco impacto cuantitativo pero sí cualitativo en la interpretación de las élites dirigentes. Es la incorporación dentro de las clases altas o dominantes,

además de la llamada *clase corporativa* –la más dominante y con influencia internacional- de otras dos capas minoritarias –suman un punto-: *gestora* –asalariada de alta dirección- y *gran empresariado* –propietarios-. Ambas pertenecen a la ‘burguesía’ (como dice la propia autora) y tienen un peso económico y político particular; por ello, esos segmentos, que en su investigación aparecen dentro de las clases medias (nueva clase media y empresarios), aquí se extraen de ellas y se clasifican entre las clases altas (aunque estén subordinadas a la clase corporativa, como capa más dominante).

Dos, en esta reinterpretación se adscribe un sector significativo de *autónomos* (4,8 puntos) a las clases trabajadoras, cuando en su texto se acumulan a las clases medias. Subirats reconoce acertadamente que una parte del asalariado (profesional, técnico...) pertenece a la (nueva) clase media (no a la clase trabajadora aunque tengan un salario, como hacen otros investigadores). Pero, en el caso de los autónomos, aunque admite su segmentación interna, se resiste a considerar que el segmento de ingresos bajos y medio-bajos y empleo incierto, aunque no sean asalariados, forman parte de las clases trabajadoras, tal como se hace aquí, en que se distinguen de los autónomos de clase media. Tiene también una importancia cuantitativa no menor, ya que afecta al 70% de los mismos en Cataluña y el conjunto de España.

Por tanto, respecto de sus resultados, las clases medias se deberían reducir casi seis puntos (5,8) e incrementar un punto la clase alta y 4,8 puntos las clases trabajadoras. El aspecto relevante no es la diferencia cuantitativa en la distribución de las clases sociales, partiendo de que cinco puntos arriba o abajo no son muy relevantes, sino en la caracterización de la minoría poderosa, la gran mayoría subordinada de las clases trabajadoras, (entre el 60% y los dos tercios) y la dimensión significativa de las clases medias, (entre un tercio y un 40%), aunque muy inferior a las clases trabajadoras.

Así mismo, hay que recordar que el elemento principal para analizar las clases sociales como sujetos colectivos y su impacto sociopolítico es el ‘comportamiento social’ (su experiencia incluido su subjetividad), cuestión que se tiene cuenta en esa investigación y que se ha tratado en el enfoque de este análisis. Por tanto, en las conclusiones habrá que considerar los dos aspectos y su interacción.

Una vez reelaborada esa clasificación, los resultados de la situación de clase en Cataluña, tal como aparecen en la tabla 2, son: clase alta o dominante, 1,2%; clases medias, 34,4%; clases trabajadoras, 64,4%. No obstante, hay que recordar que la muestra de los datos es del año 2006, es decir, antes de la crisis socioeconómica, y que estos años se han reducido algo las clases medias y se han ampliado las clases trabajadoras, particularmente el segmento en desempleo. Considerando ese impacto, no son muy distintos a los datos globales que con distintos criterios y fuentes sobre la población activa se han explicado aquí para el conjunto de España.

Por otra parte, la referencia a esta investigación sobre las clases sociales refuerza la interpretación central aquí desarrollada a partir de datos objetivos (ocupacionales, profesionales y de ingresos) ya que se utilizan muchas más variables que afectan a su situación objetiva y también a sus hábitos, su cultura y su comportamiento social. La interpretación sociopolítica y cultural de los distintos agentes sociales y políticos, y del conjunto de la sociedad y la ciudadanía activa, es imprescindible y fundamental para explicar, de forma completa, relacional e histórica,

la reconfiguración de las clases sociales en España y su dimensión social, tal como se desarrolla en otra parte (Antón, 2011, y 2013) y trataremos sintéticamente más adelante.

Podemos terminar esta sección diciendo que *lo que ha pasado en nuestra sociedad no ha sido la desaparición de las clases, sino la ocultación de sus signos más evidentes, que ha servido para instaurar la idea más general de que tales divisiones habían dejado de existir* (Subirats, 2012: 401).

3. Cultura popular, conflicto y sujeto social

Este capítulo explica, primero, la evolución de las clases medias y los distintos resultados según el tipo de pregunta sobre la pertenencia, segundo, diversos elementos sobre la conciencia popular, y tercero, unas conclusiones sobre la relación entre clases sociales, actores y conflicto social.

3.1 Clases medias, clases trabajadoras e identificación de clase

Uno de los aspectos más polémicos en la visión de la estructura de clases es la dimensión y el significado de las clases medias. La controversia empieza por su propia definición y cómo se cuenta. En los estudios convencionales se suele considerar de clase media a las personas con ingresos entre el 75% y 125% de la renta media del país; por debajo se situaba la llamada clase ‘baja’. Ese enfoque funcionalista y liberal trata de ‘engordar’ a las clases medias y diluir la clase trabajadora que no existe ni se visualiza. Como se ha detallado antes, aquí se ha considerado clase media (media-media y media-alta) a las personas con ingresos superiores a la media; la parte que ingresa menos de esa media se incluye entre las clases trabajadoras (con el matiz de media-baja) a la que definíamos no solo por sus ingresos sino por su posición ocupacional y profesional (aparte de los factores sociopolíticos y culturales). Pues bien, aquí con datos de Kerbo (2003), uno de los estudiosos más reconocidos e influyentes de la sociología convencional sobre estratificación social, nada sospechoso de izquierdismo, y aun con ese criterio distributivo más amplio para la clase media, tenemos los resultados siguientes reflejados en las tablas 3 y 4.

Tabla 3: Cambios en la clase media (1980-1995) en países desarrollados (%)

Cambios en la clase media, 1980-1995, en países desarrollados	% del total en 1995	Cambio 1980-1995
Francia	39,4	3,7
Alemania	43,9	2,4
Suecia	52,7	-1,3
Gran Bretaña	32,6	-3,9
EE.UU.	27,3	-4,4

Fuente: Kerbo, 2003.

La tabla 3 recoge datos de los cambios de la dimensión de la clase media en distintos países desarrollados en un periodo de quince años de expansión económica. Como se aprecia, salvo en Suecia -52,7%-, en los otros tres países europeos más relevantes (Francia -39,4%, Alemania -43,9%- y Gran Bretaña -32,6%-) y, sobre todo, en EE.UU. -27,3%- la clase media, a pesar de ese criterio amplio, es menor que las llamadas clases bajas (la clase alta es muy minoritaria). La casi totalidad de países desarrollados no son de clase media como la ideología dominante pretende hacernos creer. Y la tendencia tampoco es necesariamente a su crecimiento, incluso en EE.UU., paradigma de sociedad de clase media, en esos años, ha disminuido 4,4 puntos, un 15%.

Como por criterios objetivos no se puede justificar esa interpretación de sociedades de clase media, las interpretaciones liberales han utilizado la dimensión subjetiva de identificación de clase, pero de forma sesgada. Desde los comienzos de estos estudios sistemáticos sobre la identificación de clase, en los años cuarenta en EE.UU., de forma deliberada, en las preguntas a los individuos se ha contrapuesto la pertenencia a la clase ‘media’ frente a la de la clase ‘baja’. Así, contando con la percepción peyorativa que contiene este concepto, vinculado a los sectores pobres, y aprovechando la amplia tendencia a considerarse ‘normal’, de la ‘mayoría’ o simplemente ‘trabajador’ (pero no pobre), los resultados daban una abrumadora identificación de los individuos con la clase media, cercana al 80%, y una identificación muy minoritaria con la clase baja, del 15%.

Tabla 4: Identificación de clase en EE.UU. (años 40) según la pregunta

Pertenencia de clase			
Opción A	Clase alta: 6%	Clase media: 79%	Clase baja: 15%
Opción B	Clase alta: 6%	Clase media: 43%	Clase trabajadora: 51%

Fuente: Kerbo, 2003: 144.

Pero, desde esos mismos años cuarenta en EE.UU. se demostró que cambiando la pregunta (en vez de clase ‘baja’ se ofrecía la respuesta de clase ‘trabajadora’), los resultados eran bien distintos (tabla 4): el 51% se consideraba de clase trabajadora y el 43% de clase media (de forma invariable el 6% afirmaba su pertenencia a la clase alta). Pues bien, desde entonces, década tras década, incluido en los estudios del CIS, la sociología convencional insiste en que las personas se identifiquen entre la pertenencia a la clase media o la clase baja (opción A), con resultados tendenciosos, descartando la contraposición entre clase media y clase trabajadora (opción B). No estamos ante criterios metodológicos más o menos controvertidos, sino ante una deliberada estrategia ideológica y política (no científica). Esta tergiversación trata de impedir el análisis de la realidad para proseguir con la ocultación de la existencia de las clases trabajadoras y continuar con la versión irreal de sociedades de clase media (con unos pocos pobres). El objetivo principal para los poderosos es definir y llevar a cabo sus proyectos políticos, con cierta legitimidad al presentarlos de acuerdo a los

intereses de esa hipotética sociedad de clase media, desconsiderar las demandas de las clases trabajadoras (como una cuestión marginal o tendente a su irrelevancia) y difuminar el carácter oligárquico y de control del poder y los recursos por parte de las clases altas o dominantes.

La percepción subjetiva de la población, su identificación de clase social, normalmente, no coincide totalmente con la situación objetiva de su posición ocupacional, su estatus socioeconómico y de poder. En particular, en las épocas de gran crecimiento económico y posibilidades (individuales) de movilidad ascendente, entre amplios sectores de la población se generan expectativas de ascenso en la estructura socioeconómica. Especialmente, entre jóvenes con estudios superiores y origen trabajador se han generado muchas esperanzas en trayectorias ascendentes, acceso a un empleo de alta cualificación y un estatus profesional superior al de sus padres. En ese caso, la identificación de clase tendía a conformarse, sobre todo, con lo que se desea ser, con esas aspiraciones de ascenso económico, social y de empleo. La realidad ha cambiado, se genera frustración ante la evidencia de sus límites actuales en su capacidad adquisitiva, la precariedad de su empleo o el paro.

Antes, entre jóvenes, particularmente con estudios superiores, también existían trayectorias laborales estancadas y una realidad de precariedad laboral, pero eran consideradas transitorias, su perspectiva era de trayectorias ascendentes y su identificación era con ese logro (casi) seguro. Ahora, existe un gran bloqueo laboral y vital (incluido las dificultades para la emancipación y obtener una vivienda propia) e incluso tendencias descendentes respecto de sus progenitores; la precariedad y el paro se convierten en dinámicas prolongadas, muchos jóvenes no ven 'futuro' ni expectativas de un empleo decente. Se consolida la percepción de la situación real de precariedad, la identificación con las capas subordinadas de las clases trabajadoras (precariado) a diferencia de las élites, en un proceso complejo de adaptación, frustración y rebeldía. Muchos componentes culturales y estilos de vida y consumo se adecúan a esas dinámicas y expectativas nuevas, con un sentimiento de pertenencia social frágil, ambivalente y en tensión. Por tanto, sigue existiendo una cierta disociación entre su situación material actual y sus deseos y la identificación basada en esa aspiración a un empleo de alta cualificación y remuneración y un estilo de vida acomodado, asociado a la nueva clase media, entra en crisis.

En definitiva, en la época actual, con un bloqueo de esas expectativas y la frustración correspondiente por las dificultades para un ascenso profesional o un empleo decente y bien remunerado, la brecha con sus aspiraciones es más profunda y la autodefinición se hace más realista respecto de sus condiciones 'objetivas' actuales y su previsión inmediata con poco futuro de mejorar. La autodefinición puede contar también con esas expectativas de lo que se quiere ser solo que, ahora, las posibilidades de realización de esa elevación social y ocupacional son menores y esos jóvenes con alta cualificación académica se adaptan a esa realidad (o emigran). Puede permanecer la aspiración a pertenecer a la clase media, pero la mayoría de jóvenes se ve obligada a reducir sus expectativas, a desear un empleo decente y unas condiciones materiales dignas, que no son otras que las de una clase trabajadora, más o menos cualificada y con una garantía de derechos sociales. La cuestión es que no se produzca solo una adaptación colectiva y normativa sino que se impulse la activación para rechazar ese destino, cambiar la dinámica de austeridad, paro y recortes sociales y se conforme una

participación ciudadana por un giro político, social y económico. Pero, eso sería otro proceso de reafirmación de una actitud cívica y de acción colectiva progresista que configurase una mentalidad y conciencia popular frente a los poderosos, que tratamos aparte.

En resumen, es importante este dato de la pertenencia subjetiva y considerar los elementos educativos y culturales así como el peso de las aspiraciones individuales y grupales para explicar las identificaciones de una parte de capas trabajadoras (ilustradas o de algún sector de servicios) con la clase media. Pero, una vez eliminada la manipulación del tipo de pregunta y definidas adecuadamente las dos clases sociales, media y trabajadora, la diferencia entre ambos campos, objetivo y subjetivo, no suele alcanzar los diez puntos. Otra cosa es la profundidad y el significado de este sentido de pertenencia y su vinculación con otras identidades más o menos fuertes (nacionales, de género...), cosa que aquí solo apuntamos.

3.2 Conciencia popular frente a los recortes sociales

Para completar este diagnóstico solamente se seleccionan algunos datos sobre la conciencia social de la población respecto de algunos hechos significativos en este periodo de política de austeridad y recortes sociales, que explican la persistencia de una amplia cultura cívica, democrática y de justicia social, una cultura ‘popular’ progresista frente al poder y sus políticas regresivas.

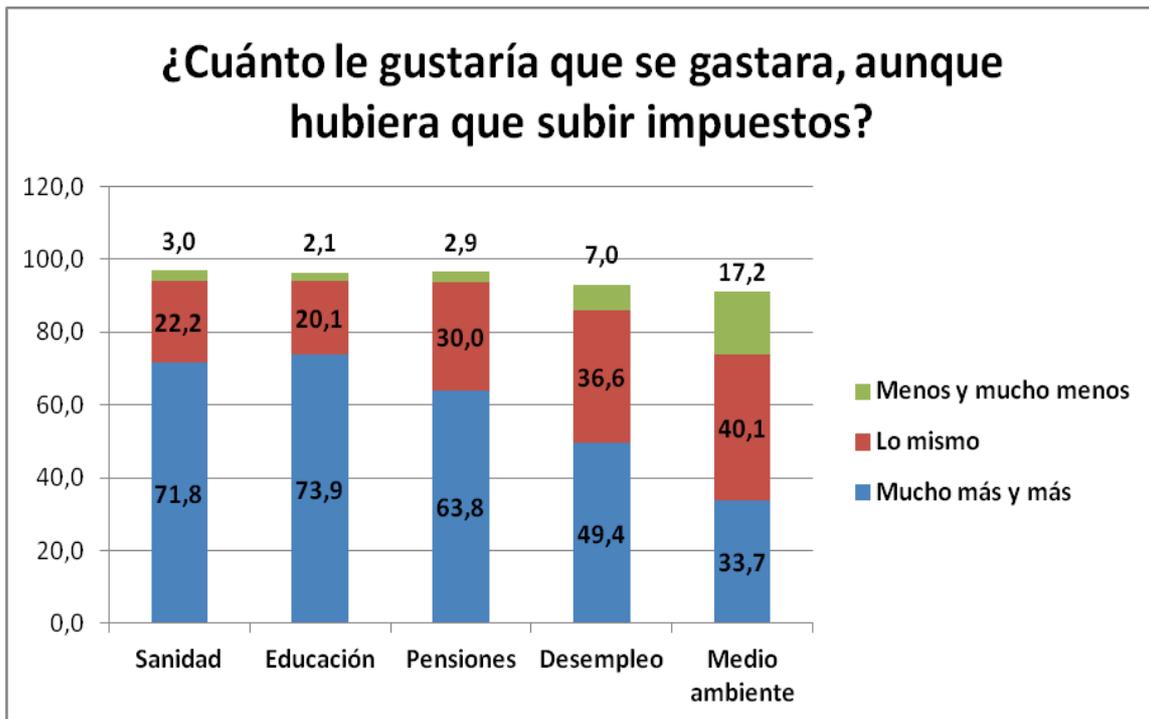
La posición de la sociedad respecto del aumento o el recorte del gasto público social y su impacto en los principales servicios y prestaciones públicos, se explica detalladamente en otra parte (Antón, 2009; 2011, y 2013). Aquí, en primer lugar, solo se seleccionan unos datos oficiales de una encuesta del CIS (gráfico 12), especialmente significativos para el tema que nos ocupa. Aunque fue diseñada durante el gobierno anterior socialista, los resultados están publicados en enero de 2012, ya con el Gobierno del PP, que trató de esconderlos porque, evidentemente, la opinión mayoritaria de la población iba en contra de sus planes de recortes sociales. La interpretación de la exigencia mayoritaria de incrementar ese gasto social es todavía más contundente ya que se confronta con la idea de subir impuestos, que oficialmente es denostada y tiene cierto apoyo entre sectores acomodados.

Así, ante la pregunta *¿Cuánto le gustaría que se gastara, aunque hubiera que subir impuestos?*, la gran mayoría de la sociedad expresa su opinión de *Mucho más y más gasto público en sanidad (71,8%), educación (73,9%), pensiones (63,8%)* y (con menos porcentaje) *protección al desempleo (49,4%)*. Solo en *medio ambiente* los que piden *Lo mismo (40,1%)* son mayoritarios; en este ámbito, el aval ciudadano a los recortes presupuestarios (17,1%), aunque también minoritario, es superior al del resto, quizá porque no prevén un impacto personal inmediato. Vemos que en tres gastos sociales fundamentales (sanidad, educación y pensiones) las personas que avalan su recorte llegan como máximo al 3% de la población, y hay una franja entre el 20% y el 30% que estaría de acuerdo en gastar lo mismo. En el caso de las prestaciones por desempleo el recorte lo aprueba el 7% y la continuidad del gasto el 36,6%.

Esta opinión crítica con los recortes sociales y de exigencia de mejora de esos servicios y prestaciones públicos, no es coyuntural o aislada y permanece, con diversas variantes, a lo largo de este periodo de crisis económica, políticas laborales regresivas

y reestructuración regresiva del Estado de bienestar. Todo ello a pesar del gran poder institucional y mediático en que se han amparado los recortes sociales y la fuerte determinación de los poderes financieros, la Unión Europea y el FMI en la política de austeridad, particularmente para los países del sur europeo. Pero la idea dominante de que el modelo social europeo es 'insostenible' (como dice Draghi del BCE), no ha calado en la sociedad y no puede justificar la involución social ante la que la mayoría de la sociedad no se resigna.

Gráfico 12: Posición de la población ante el gasto público social (%)



Fuente: CIS – Estudio 2930 – enero de 2012, y elaboración propia.

Esta amplia conciencia popular de defensa de los derechos sociales y prestaciones públicas frente a los recortes sociolaborales y de empleo podemos ilustrarla, en segundo lugar, con otros datos complementarios de fuentes oficiales (CIS y *Metroscopia*). Se ha producido un desacuerdo muy amplio con las dos grandes reformas laborales (año 2010-PSOE y año 2012-PP), con más del 60% de la ciudadanía en contra, porcentaje superior en las bases electorales de izquierdas. Igualmente, desde hace años, en todas las encuestas oficiales sobre cuál es el principal problema para los ciudadanos, el paro aparece en primer lugar a mucha distancia del resto y de forma muy mayoritaria (en torno al 80%).

La reforma de las pensiones promovida por el gobierno del PSOE (año 2011), aunque tuvo un amplio apoyo parlamentario, de las organizaciones empresariales y la dirección de los grandes sindicatos, tuvo un mayoritario rechazo ciudadano: el 76% de la población (68% en 2008) estuvo en contra de la prolongación de la jubilación a los 67 años y el 71% contra la ampliación a los 37 años de cotización para no tener penalización, que eran los dos temas más importantes. Estas dificultades para su legitimación ciudadana y el nivel de oposición social a los recortes en las pensiones

públicas, y a pesar de la gran ofensiva mediática sobre su 'insostenibilidad', es de suponer (no hay datos disponibles) que sean similares o incluso superiores en el caso de la reciente reforma del PP del año 2013 (con una rebaja media de las pensiones de jubilación de un 25% respecto de los derechos anteriores).

Por otro lado, el apoyo ciudadano a las protestas sociales 'progresistas' contra los recortes sociolaborales, por un giro más social y la democratización del sistema político (15-M) se ha mantenido por encima del 60%, siendo este porcentaje superior entre jóvenes e izquierda social. Al mismo tiempo, existe una amplia legitimidad popular de las huelgas generales y las mareas ciudadanas de sanidad y enseñanza, así como de protestas sociales significativas como la acción contra los desahucios, la huelga de limpiezas en Madrid o las movilizaciones en el barrio de Gamonal en Burgos.

Al contrario, se percibe una masiva desconfianza hacia las élites políticas gobernantes, por su gestión regresiva y poco democrática y, especialmente, hacia los máximos líderes políticos: más del 80% se muestra en desacuerdo con la gestión del presidente Rajoy y otro 80% (de composición diferente) con la labor del líder socialista Rubalcaba.

Similar contraposición hay entre la gran estima social de los servicios públicos (enseñanza, sanidad... y sus profesionales) y la poca confianza ciudadana en banqueros y clase política; un sector significativo de la ciudadanía la considera más un problema que una solución para la representación y la gestión de los asuntos públicos. Y, aunque una gran parte de la sociedad siga votando al bipartidismo gobernante, entremezclada, se manifiesta ampliamente la necesidad de una democratización del sistema político, la renovación de sus élites y el respeto a las demandas populares.

Las élites, amparadas por el poder y sus privilegios sociales y económicos, pueden soportar procesos amplios de deslegitimación social; su mayor preocupación y es cuando se genera un amplio movimiento de protesta que da consistencia a ese descrédito y pone en riesgo su hegemonía respecto del poder político, y más peligroso todavía es considerado si exige una profunda democratización, un incremento sustancial de la capacidad reguladora de la economía y un reequilibrio más igualitario de la estructura socioeconómica. Su reacción, entonces, puede ser represiva y/o neutralizadora y/o integradora, dependiendo de las fuerzas en presencia en un contexto determinado, así como los posibles (des)equilibrios sociopolíticos y sus efectos inmediatos y a medio y largo plazo. En ese sentido, vale terminar esta sección con una cita de un sociólogo convencional nada sospechoso de izquierdismo:

Incluso teniendo el público conocimiento de una política contra la opinión pública, las élites podrán continuar con esa política si no existe un grupo de interés o movimiento social muy organizado para desafiarla. La tarea de las élites en este caso es impedir un desafío organizado desacreditando a sus adversarios, creando confusión y/o haciendo que se desvanezca la esperanza de que el cambio es posible (Kerbo, 2003: 219).

3.3 Conclusiones: clases, actores y conflicto social

En España (y otros países periféricos) se ha conformado una conciencia popular progresista, social y democrática, de indignación frente a las consecuencias de la crisis y la gestión antisocial de las élites económicas e institucionales. Existe una fuerte

deslegitimación de la política de austeridad y desacuerdo con la gestión política dominante. El discurso oficial (*La austeridad es inevitable* -UE y Troika, 2010/2013-, o *El modelo social europeo es insostenible* -Mario Draghi – BCE, 2013-) no convence a la mayoría de la sociedad y no consigue su resignación. Persisten unos valores democráticos (libertades y participación política) y de justicia social (derechos sociales, económicos y laborales), casi universales hasta la crisis. Ahora, frente a la desigualdad social, el empobrecimiento, la austeridad y los recortes sociales, se ha generado mayor diferenciación respecto de las élites y su involución social y democrática. No consolidan el fatalismo, sino que se mantienen vivas la oposición a la dinámica regresiva y las aspiraciones al cambio progresista.

En este Estado, salvo dinámicas puntuales y locales, existe un escaso apoyo social a corrientes populistas antidemocráticas, de extrema derecha o xenóforas, irracionales o fundamentalistas. Tampoco hay revueltas violentas ‘antisistema’ y la protesta social es pacífica y democrática. Sí hay posibilidades para el desarrollo, por un lado, de un conservadurismo fuerte y cierto autoritarismo por parte de la derecha y el poder; y por otro lado, de tendencias a la fragmentación, la competencia individualista o intergrupal y el desarraigo social o normativo que pudieran desencadenar una crisis social disgregadora.

En la mayoría de la sociedad, se ha reafirmado una cultura cívica, basada en valores democráticos y de justicia social. Hay una mayor brecha social en relación con los ‘poderosos’, que afecta a su menor legitimidad ciudadana, y existe una fuerte diferenciación ‘cultural’ entre la ciudadanía indignada, de defensa de derechos sociales y democráticos, respecto de las élites, que gestionan la austeridad y los recortes sociolaborales. Se configura una nueva conciencia social, con nuevos sujetos o movimientos sociales (interclasistas o populares y de fragmentos de clases trabajadoras) que se basa, por un lado, en la percepción del poder y su carácter oligárquico, y por otra parte, en la expresión democrática y social de amplios sectores de la ciudadanía, con nuevas mentalidades, en particular entre jóvenes, y demandas (locales y globales) sobre elementos sistémicos.

Hay un proceso de diferenciación de clases sociales, distinto al de otras épocas pero que también conlleva cierta polarización social. El posicionamiento de amplios sectores populares ante intereses comunes y su participación en el conflicto social son fundamentales y previos para la ‘pertenencia’ y la ‘formación’ de las clases que se identifican y actúan como tales, es decir, que ‘existen’ como actores sociopolíticos. Los elementos de apoyo y configuración de cada bloque social tienen distinto peso: las clases dominantes se apoyan en el control económico y del poder; las clases subordinadas, deben basarse en su experiencia de movilización social y democrática, su capacidad asociativa y su subjetividad. La situación material similar junto con, por una parte, la ofensiva regresiva del ‘poder’ y, por otra, la acción sociopolítica y la cultura popular crítica, crea la percepción social de tres bloques con contornos difusos, fragmentación interna y denominaciones diversas, pero diferenciados entre sí: Arriba, abajo, intermedio; ganadores, mantenimiento o perdedores; poder (financiero y clase gobernante), capas medias, clases trabajadoras y desfavorecidas.

La crisis del empleo y los ajustes laborales han tenido un gran impacto, no solo para la mayoría de clases trabajadoras sino también para las clases medias, con un estancamiento o descenso de sus trayectorias profesionales, sus expectativas vitales y

su situación socioeconómica. En particular, ha tenido una fuerte repercusión entre jóvenes de clase media, ilustrados, con altas capacidades académicas, con un bloqueo de sus aspiraciones laborales y su estatus vital, generándose una gran frustración e indignación, y mayor diferenciación con las élites.

En resumen, la protesta social progresista ha adquirido un nuevo carácter y dimensión, en un contexto de crisis sistémica y con unos rasgos particulares: lacras socioeconómicas ampliadas por la crisis económica; gestión regresiva de las principales instituciones políticas; contra unos adversarios o agentes poderosos: casta financiera o gerencial y clase política gobernante; conciencia popular progresista y reafirmación ciudadana en una cultura democrática y de justicia social.

Se ha ido configurando una corriente social indignada en torno a dos ideas fuerza: 1) Contra las consecuencias injustas de la crisis, los recortes sociales y la política de austeridad; 2) frente a la gestión poco democrática de la clase política gobernante. Y con dos objetivos básicos: 1) giro socioeconómico (defensa de los servicios públicos y el Estado de bienestar, la vivienda digna, el empleo decente y el equilibrio en las relaciones laborales...); 2) democratización del sistema político y participación ciudadana. Emergen elementos culturales que afectan a la percepción ciudadana de la nueva cuestión social y la necesaria regeneración democrática, así como a la convivencia intercultural. Los sentimientos humanitarios y solidarios se enfrentan a nuevas realidades, se modifican y se amplían a nuevos sectores sociales.

Se ha abierto una nueva etapa sociopolítica. El cambio se conforma con la suma e interacción de tres componentes: 1) La situación y la experiencia de empobrecimiento, sufrimiento, desigualdad y subordinación. 2) La conciencia de una polarización, con una relación de injusticia (social y democrática), entre responsables con poder económico e institucional y mayoría ciudadana. 3) La conveniencia, legitimidad y posibilidad práctica de la acción colectiva progresista, articulada a través de los distintos agentes sociopolíticos, aunque haya dificultades en la conformación de las élites asociativas y políticas. Se ha producido una nueva fase de la protesta colectiva progresista, con novedades respecto del periodo anterior. Son dinámicas emergentes, pero suficientemente consistentes, y con un particular impacto en los jóvenes: precariedad laboral y de empleo, frustración por los procesos precarios de inserción social y profesional, indignación y participación cívica. Aparece la necesidad del cambio político-institucional y la importancia del papel de lo social y nuevas élites sociopolíticas con el horizonte de una salida progresista de la crisis y la necesaria renovación y unidad de las izquierdas sociales y políticas. Todo ello constituye un estímulo para un pensamiento crítico y una nueva teoría social, así como una acción transformadora y democratizadora. Junto con mayor conciencia crítica personal y una actitud cívica igualitaria, vuelven nuevos y renovados sujetos sociales, palancas fundamentales para el cambio social y político progresista.

Bibliografía

- Antón, A. (2009): *Reestructuración del Estado de bienestar*, Madrid, Talasa.
- Antón, A. (2011): *Resistencias frente a la crisis. De la Huelga General del 29-S al movimiento 15-M*, Valencia, Germanía.

- Antón, A. (2013): *Ciudadanía activa. Opciones sociopolíticas frente a la crisis sistémica*, Madrid, Sequitur.
- Kerbo, H. R. (2003): *Estratificación social y Desigualdad. El conflicto de clase en perspectiva histórica, comparada y global*, Madrid, McGraw Hill.
- Lenski, G. (1969) [1966]: *Poder y privilegio. Teoría de la estratificación social*, Buenos Aires, Paidós.
- McAdam, D., McCarthy, J. D. y Zald, M. N. (eds.) (1999). *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo.
- McAdam, D., Tarrow, S. y Tilly, Ch. (2005): *Dinámica de la contienda política*, Barcelona, Hacer.
- Requena, M, Salazar, L. y Radl, J. (2013): *Estratificación social*, Madrid, McGraw-Hill.
- Río (del), E. (1986): *La clase obrera en Marx*, Madrid, Talasa.
- Subirats, M. (2012): *Barcelona: de la necesidad a la libertad. Las clases sociales en los albores del siglo XXI*, Barcelona, UOC.
- Tezanos, J. F. (ed.) (2002): *Clase, estatus y poder en las sociedades emergentes*, Madrid, Sistema.
- Thompson, E. P. (1977) [1963]: *La formación histórica de la clase obrera. Inglaterra: 1780-1832* (tres tomos), Barcelona, Crítica.
- Thompson, E. P. (1979): *Tradicón revuelta y consciencia de clase*, Barcelona, Crítica.
- Thompson, E. P. (1995): *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica.
- Tilly, Ch. (2010): *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*, Barcelona, Crítica.
- Touraine, A. (2005): *Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy*, Barcelona, Paidós.
- Touraine, A. (2009) [2007]: *La Mirada social. Un marco de pensamiento distinto para el siglo XXI*, Barcelona, Paidós.
- Wright, E. O. (1994): *Clases*, Madrid, Siglo XXI.